

# El pájaro de los *de* muertos



André Marcel Adam **Lectulandia**

Siguiendo los pasos de Orwell, Perrault o el mismo Kafka, el autor recurre a la aparente insignificancia de una pequeña ave, una corneja, para describir con astucia y ternura el camino iniciático a la vida en un entorno confuso, brindándonos una hermosa fábula de gran calidad literaria. El nacimiento del insólito protagonista, marcado por una violenta tormenta, da comienzo a una angustiosa lucha por la supervivencia. La separación de los suyos, la soledad y la difícil adaptación a los humanos son los episodios que, narrados en primera persona, hacen dudar al lector de si quien habla es un ave o un hombre que reflexiona, desde la distancia, sobre la convivencia y la constante necesidad de adaptación.

**Lectulandia**

Andre-Marcel Adamek

# **El pájaro de los muertos**

ePub r1.0

Titivillus 05.05.2019

Título original: *L'Oiseau des morts*  
Andre-Marcel Adamek, 2010

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



A la memoria de Dominique Fischer

# **El pájaro de los muertos**

# I

Los primeros instantes de que tengo conciencia me dejan una impresión dulce y terrible a la vez. Floto en un jugo tibio y untuoso, al amparo de sonidos, perfumes y colores; ya que soy yo mismo un sonido, un perfume y un color efímeros, de infinita simplicidad. Los volúmenes y las formas me resultaban totalmente extraños, ya que a mi alrededor no había ningún espacio. Sin embargo, flujos leves me traían del universo un extraño recuerdo: comenzaba a recordar lo que aún no conocía. Así podía identificarme con ese presagio de vida insuflado en una cascara de huevo opaca y acceder a una vaga anticipación de mi destino.

La gran desgarradura se produjo una mañana de tormenta. Un viento furioso hacía doblarse nuestro árbol y pesadas ráfagas, al atravesar los espesos follajes, se abatieron sobre el nido en el momento mismo de la ruptura del huevo. Mi madre formó con sus alas una bóveda para protegernos, pero era ya demasiado tarde; las trombas de agua habían diluido el barro que unía las raíces. El nido se dislocó casi por completo y los huevos cayeron al pie del árbol.

Yo quedé enganchado en el hueco de una estrecha horquilla formada por dos ramas. Mi madre me aprisionó en sus garras, profundamente hundidas en la cascara. Lanzaba gritos que superaban los chasquidos de la tormenta. A nuestro alrededor la sombra silenciosa de mi padre pasaba y repasaba, mientras una lluvia de relámpagos azulados barría el bosque.

Apenas algunos minutos después de mi llegada, en los instantes en que hubiese debido reposar contra los flancos de mis hermanos y recibir en el fondo del pico los primeros líquidos vitales, estaba clavado a la cascara desnuda, con las entrañas heladas y los ojos traspasados de relámpagos. Un infortunio tan precoz podía ser el augurio de alguna oscura maldición. Sin

embargo, esta violenta venida al mundo ejercería sobre mi existencia los efectos naturales más benéficos.

Reducido a la mitad, el nido fue reconstruido rápidamente sobre una rama más baja, menos sensible a los balanceos del tronco y protegido por varias capas de hojas. No estaba pegado con barro y excrementos sino simplemente formado por ramitas entrelazadas. Mi madre me llevó hasta allí con sus garras y me depositó con cierta rudeza. Inmediatamente después, mi gáznate fue atiborrado de larvas medio machacadas en cantidad tal que creí que me ahogaba.

Las cacerías, las cosechas y las rapiñas de mis progenitores, cuyo producto debía alimentar a toda la pollada, me fueron dedicadas exclusivamente a mí. Cuando se estrellaron contra el suelo, mis pobres hermanos me aseguraron una prosperidad que no compartí con nadie.

Engordaba descaradamente, me alimentaban sin que tuviera que lanzar el menor grito pidiéndolo. Nadie me disputaba, ni la oruga pulposa con el vientre contraído, ni el trigo candeal germinado y con su sabor dulzón, ni el huevo hurtado al amanecer transportado en la punta del pico y vertido gota a gota.

A veces, un polluelo rubio, un pequeño ánade con un plumón algodonoso, un gorrioncito desnudo y rosado... atontados de un picotazo antes de ser alzados, se despertaban en nuestro nido al momento de ser despedazados. Sus chillidos breves y estridentes eran reemplazados por el olor tímido de su sangre y el gusto suave de una carne que aún olía a cascara. A veces, era la carroña de una carpa o de un conejo que se disponía trozo a trozo sobre los bordes del nido, no para cebarme sino para acostumbrarme a los olores letales y adiestrar la vista para descubrir gusanos blancos.

Las tormentas se sucedían, más monótonas que arrasadoras. Los riachuelos se salían a menudo de su lecho y dejaban en las riberas innumerables charcas donde pululaban los renacuajos. Un día de sol transformaba esos grandes charcos en cenagales humeantes. Todavía tengo en el pico el gusto de esos espesos caldos hirvientes de larvas mezclados con humus y agua.

En nuestra raza, el primer vuelo no es iniciático. No son los padres los que nos lanzan fuera del nido y nos acompañan volando junto a nosotros listos para recogerlos en sus alas. Somos nosotros los que escogemos el momento

de afrontar el vacío, o mejor dicho, los que sufrimos en un momento dado la atracción irresistible del espacio. Ocurre que el reflejo de vuelo brota demasiado tarde después del salto o incluso cuando se ha frustrado completamente. Muchos corvatos terminan así al pie de su árbol natal, algunos porque las grandes plumas de la cola son demasiado vaporosas para retener el aire, otros porque han batido muy suavemente las alas, otros porque los ha paralizado en esta primera prueba el presentimiento de una vida larga y azarosa.

Mi caída vertical como la de una piedra no tuvo más razón que un exceso de grasa. Pero, aún así, las singularidades de mi nacimiento jugaron dos veces en mi favor. Primeramente, porque el nido destruido por la tormenta y reconstruido en la mitad inferior del árbol no estaba tan lejos del suelo como para que mi caída fuera mortal. En segundo lugar, porque la gordura que causaba la debilidad de mi vuelo, me aseguraba en contrapartida un suave contacto con la tierra.

Padre surgió de las nubes y bajó en picado sobre mí, chillando. Cuando vio que me paraba sobre mis patas, hizo restallar sus pesadas alas y se remontó al cielo. Me di cuenta por primera vez de que su plumaje no era de un negro uniforme, como creía debido a la penumbra del nido. Su vientre, recorrido por reflejos irisados y cambiantes, se alegraba con ese verde mineral y luminoso que se encuentra en la nuca de ciertos patos salvajes.

Advertida con grandes gritos, Madre, que cazaba orugas cerca de los estanques, volvió de un vuelo y aterrizó a mi lado. Dio varias vueltas en torno mío, balanceándose, plegando el cuello, observándome por todos lados para asegurarse de que no tenía nada roto. Se dio cuenta de que no podía llevarme al nido sin peligro de que sus garras me atravesaran las carnes. Entonces, se reunió con Padre que revoloteaba en la luz y los vi alejarse en dirección a las lagunas.

No fui más diestro en el suelo que en el aire. El menor paso que intentaba me lanzaba de culo a tierra y para avanzar tenía que arrastrarme a medias con las alas extendidas para equilibrarme y con las patas removiendo el polvo.

De los espinos del verano colgaban los restos de nuestras presas lanzadas desde el nido: frágiles esqueletos de pájaros, todavía con garras y como cubiertos con escamas; cabezas marfileñas de ratones de campo, de lagartos,

de peces; pieles de culebras desprendidas y amarillentas; plumas violáceas de sangre. Esas muertes cotidianas cuyas huellas agraviaban el paisaje habían sido cometidas para asegurar mi crecimiento y plenitud. En realidad, me habían conducido a una indolencia desmedida y, a la edad en que había debido emprender mis primeras cacerías, me arrastraba por el suelo con las alas inútiles y el pico ocioso.

En ese estado de extrema vulnerabilidad hubiera bastado una serpiente de las más comunes o un halcón extraviado para acabar con mi destino. El silencio pesado de después del mediodía era asediado por el zumbido obstinado de los insectos. De tanto en tanto, una sombra atravesaba el cielo y entonces me debatía entre la esperanza de reencontrar a mis padres y el temor de ver surgir un ave rapaz. Esperé así mucho rato sumido en la incertidumbre y la confusión. Pronto se mezclaron sufrimientos más terrestres a la aprensión de saberme perdido para siempre: mis entrañas vacías comenzaron a helarse de hambre. Pero cuando caía la noche, mientras el sol rodaba en la punta de las colinas, Padre vino y depositó ante mí el cuerpo palpitante de una murciélaga destripada.

Pasé la noche con el vientre pegado al suelo. Madre me había puesto en un pequeño hueco entre las raíces nudosas de un fresno y se posó en una rama baja, lista para intervenir al menor peligro. Con las primeras claridades del día siguiente, Padre vino a tomar el relevo. Después de haberme alimentado con un huevo robado o con alguna larva, se dedicó a iniciarme en el vuelo. Al principio, dulce y paciente, efectuó largas y sutiles demostraciones de la forma de elevarse desde la tierra. Pero mi apatía lo puso pronto más enérgico. A picotazos en la rabadilla me hizo dar mi primer vuelo. Moví frenéticamente las alas y plegué las patas y sentí que debajo de mí estaba el vacío. Durante un breve momento, conocí la inexplicable percepción de la levedad, como si el aire que me rodeaba se insuflara al interior de mis huesos. Logré elevarme hasta la primera rama, la misma en que se había instalado Madre para asegurar mi protección nocturna. Con mis últimas fuerzas, me posé sobre una ramilla que se balanceó con mi peso. Súbitamente, se formó ante mí una imagen indivisible y coherente con la espesura abajo y a lo lejos las colinas y los pantanos centelleantes, sometida sólo a las limitaciones de la distancia y la luz. No había recuperado el aliento cuando me lancé de nuevo al espacio.

Pronto encontré mi lugar en el nido al que podía abandonar o volver a voluntad. No me ofrecían casi alimento, pero me acompañaban en mis

excursiones para enseñarme a encontrarlo. Muy pronto aprendí el arte de descubrir las nidadas de huevos entre la hojarasca del follaje y mi primera cualidad fue la de ladrón.

En el crepúsculo, atrapaba pesadas mariposas nocturnas cubiertas de vello que se ponían a mi alcance con su vuelo lento e impreciso. Una mañana brumosa que anunciaba la decadencia del verano, maté mi primera gran presa. Fue un lagarto aturdido, sin duda ciego, que vagaba en el fondo de un claro. Madre, que había asistido a la caza, vino a posarse sobre el despojo y comenzó a despedazarlo. Pero no tuvimos tiempo para disfrutar del festín. Apareció un zorro que se apoderó con total desfachatez de la presa e, indiferente a nuestras protestas, se la llevó con toda calma atravesada en el hocico.

Se acercaba el tiempo de la gran reunión que debía llevarnos a la isla en medio del río. Debíamos pasar el invierno en compañía de nuestros semejantes, entre los grandes álamos desnudos. En ese momento, mis padres cuyo último deber sería conducirme a ese refugio ya no me distinguirían de los otros miembros de la colonia. Hasta la próxima primavera, todos nos fundiríamos en una inmensa bandada anónima, una horda espesa y negra lista para arrasar los sembrados, buscar la carroña, perseguir a los supervivientes estragados de la larga estación muerta. Eran pues nuestros últimos momentos en la cálida cavidad de ese nido que había que abandonar para siempre, llevando el recuerdo de cacerías fulgurantes, rapiñas sin castigo y la imagen ya lejana de mis hermanos desaparecidos.

Una noche, Padre extendió el cuello y bruscamente se quedó fijo. Creí que un enemigo caería sobre nosotros y me preparé para saltar del nido. No obstante, el cielo estaba tranquilo y nada movía las ramas. Vi cómo la mirada de Padre se encendía con un fulgor terrible. Sus ojos negros, de una fijeza absoluta, se habían llenado, de repente, de terror y odio. Las plumas de su cuello se erizaban como bajo el efecto de un soplo violento. Pero seguía en perfecta inmovilidad y comprendí que me animaba a hacer otro tanto. Madre, que estaba adormilada se irguió a su vez. En vano buscaba lo que podía originar ese repentino pavor, cuando divisé entre dos macizos de abedules una extraña silueta. El ser que avanzaba hacia nosotros era alto y parecía de lejos un árbol que se había puesto en movimiento. Solas, sus largas patas o, cómo decirlo, sus raíces desmesuradas, se movían lentamente. El resto del cuerpo, perfectamente vertical, parecía tallado en una materia blanda que se desarmaba y armaba sin cesar. La frente llegaba a la altura de las ramas, el

paso era regular, no se detenía para husmear el aire o a escuchar el silencio. Seguía una pista segura, sin vueltas inútiles, sin vagancias. Se aproximó más y vi que tenía orejas semejantes a conchas, ojos brillantes, boca pequeña, bastante parecida a la de los roedores. Cuando pasó bajo nuestro árbol, su olor llegó hasta mí y reconocí una mezcla infinita de perfumes familiares: agua de lluvia, légamo, leche, lana de cordero, leña quemada... ninguna amenaza brotaba de este ser impasible y si no hubiera sido por el espanto de mis padres, me habría sentido tentado a seguirlo, para compartir su viaje secreto e incluso a posarme dulcemente delante de sus pasos.

Aunque su tránsito fue muy discreto, ese primer hombre que apareció en mi vida me dejó desgraciadamente una impresión engañosa sobre su raza. Cuando se fundió con los árboles en lontananza, experimenté una pena irreprimible, porque hubiera querido mirarlo mucho más, mirarlo y mirarlo hasta embriagarme con su misterio.

## II

Las presas se volvían más escasas, ocupadas en los preparativos de su hibernación. Nuestra comida habitual se componía de raíces cuyos jugos nos aturdíán, de nueces que se partían golpeándolas contra las piedras, de algún animal de caza herido que venía a morir a nuestro territorio.

La corta migración a la isla se realizó una mañana tranquila y transparente. Ninguna brisa alteraba la atmósfera y la luz era tan pura que se distinguía, a lo lejos, el perfil azulado de las montañas.

Mis padres se quedaron un largo momento inmóviles y silenciosos en el borde del nido antes de lanzarse hacia la llanura. La lentitud de su vuelo y la parsimonia de sus movimientos indicaban que el recorrido sería más largo de lo habitual. Cruzaban de frente, tan cerca el uno del otro que sus alas se rozaban cada vez que las batían. Yo los seguía a corta distancia, asombrado de la altura que alcanzábamos sin esfuerzo.

Pronto aparecieron las primeras aldeas, dispersas en la campiña, unidas entre ellas por delgadas cintas grises. Mi visión cubría una inmensa extensión de campos, zonas de grava, praderas donde se entrecruzaban ríos luminosos.

El tiempo, habitualmente marcado por nuestros merodeos y cacerías, se deslizaba aquí al ritmo de la luz: el sol en el cenit me enseñó que llevábamos largo tiempo volando cuando mis padres comenzaron a planear y a perder altura. Abajo, una ancha cinta de oro ondulaba al pie de las colinas. Giramos para alinear nuestro vuelo entre las riberas y bajamos vertiginosamente. La isla apareció ante nosotros, larga y sinuosa, erizada de álamos gigantes.

Ya numerosa, la colonia ocupaba las ramas desnudas y de todos los puntos del cielo surgían pequeñas bandadas de recién llegados.

Era el lugar en que, de acuerdo con las costumbres inmemoriales de nuestra horda, iba a pasar un primer invierno antes de escoger una compañera y de partir durante la estación de los amores hacia un exilio provisorio. Después, en medio del otoño, regresaría a estos lugares, arrastrando tras de mí una prole temeraria. Tal sería mi destino, año tras año, hasta que se agotara mi simiente.

Padre y Madre, sin dedicarme una sola mirada, se posaron sobre una alta rama. Sacudieron las alas, descansaron un instante y se fundieron en la multitud. En vano, traté de distinguirlos de los otros, de reconocer su perfil nutricio entre la gran muchedumbre, pero me di cuenta de que ya nunca los encontraría. Dejaron de existir en el momento en que el amplio canto de la reunión cubrió el tumulto del río.

La colonia de invierno extingue en nosotros toda iniciativa. Hasta el deseo mismo de libertad nos es extraño. Cada uno de nuestros gestos nos es dictado por una voluntad colectiva irreprimible. No respondemos sino a órdenes secretas, sacrificando nuestras predilecciones al espíritu de la comunidad. Somos las mismas gotas de sangre negra en un vaso oscuro. El que escapa a este dominio es liquidado despiadadamente por los suyos. Así, una hembra joven herida en un pillaje a una viña y que regresó misteriosamente restablecida unos días más tarde fue ejecutada porque traía con ella el olor del hombre. Se había sustraído a nuestra influencia y debía su salud a la mansedumbre de un enemigo; por lo tanto, debía morir.

No tratábamos con mayor clemencia a los enfermos que podían contagiar nuestras filas. Simplemente eran invalidados en alguna expedición por la isla. Esta medida no perseguía darles una oportunidad, porque no tenían ninguna, pero nos evitaba al menos enterrar el pico en esas entrañas corrompidas.

Al endurecerse el hielo, la tierra nos privó de larvas y granos, condenándonos a buscar nuestra comida en las aguas del río. Después, el río se cubrió de hielo, privándonos a su turno de carroña y desperdicios. No nos quedó más que el estiércol de caballos y burros en los caminos y, de cuando en cuando, alguna presa viva que atacábamos en bandada.

La escasez de recursos llegó a tal extremo que cada mañana, a la señal de caza, la colonia se dividía a fin de explorar extensiones más vastas. Así, las parejas del verano se reformaron para el merodeo y los jóvenes todavía no

apareados encontraron los lazos de las crías. En cuanto a los solitarios, entre los que me encontraba, se reagrupaban al azar en el aire helado al momento del éxodo matinal. Formábamos entonces pequeñas patrullas, limitadas a tres o cuatro comparsas, que sobrevolaban con lentitud las planicies nevadas, picando sobre el menor esqueleto o algún sembrado de áлага<sup>[1]</sup> que un débil sol había sacado a la luz. Con frecuencia, engañados por la monotonía del relieve, franqueábamos sin darnos cuenta los límites de nuestro territorio y nos enfrentábamos a centinelas de otra colonia, en un combate más ritual que mortífero.

Las pruebas cotidianas, los peligros que aparecían en nuestras vagancias hacían nacer entre algunos ciertas connivencias que muy pronto les hacían inseparables. Mi cómplice habitual, cuya ala derecha estaba marcada por una sorprendente pluma amarilla, se me hizo tan familiar que podía reconocer su grito entre la multitud al atardecer. No sé cuál de los dos eligió al otro e incluso dudo que existiera otra opción que la derivada de nuestras insuficiencias. Pluma Amarilla tenía un ojo reventado que compensaba con un oído notable. Su vuelo ascendente era de una rapidez prodigiosa pero resistía con dificultad el viento lateral y desviaba su dirección planeando. Su desprecio por el peligro, su extrema combatividad lo llevaban a menudo a poner en peligro su vida. Por mi parte, si mi visión y mi vuelo eran normales, mis otros sentidos estaban poco desarrollados y mi débil ardor en los enfrentamientos me dejaba a menudo con el buche vacío. Nos complementábamos como las ramas de un árbol, inclinándonos ante el viento colado, petrificados por la escarcha al filo de la aurora.

Un día en que la nieve era tan espesa que nos hacía volar a ras de los campos cultivados, vimos entre dos surcos, un buharro<sup>[2]</sup> que desplazaba rápidamente un lebrato<sup>[3]</sup> decapitado. Pluma Amarilla viró y apostando más a la vileza legendaria de nuestro enemigo que a nuestras legítimas esperanzas de éxito, se lanzó sobre ella. Pero el buharro, al que un largo ayuno había puesto más temerario, lo recibió con potentes picotazos sin aflojar el lebrato humeante. Cuando yo debería haber socorrido instintivamente a mi cómplice, me aterró el pico resplandeciente del enemigo y me puse a sobrevolar el combate, cuidándome de no tomar parte. Esta cobardía que hubiera podido valerme el resentimiento de mi compañero, finalmente nos salvó de una masacre, porque al momento, advertidos por los gritos estridentes, dos buharros salieron de las nubes opacas. Normalmente, una pareja de cuervos decididos puede derrotar a un buharro, pero ese considerable refuerzo no nos dejaba esperanza, sino

solamente el camino de la fuga desenfrenada. Pluma Amarilla, que batía sus alas alrededor del lebrato ensangrentado, esquivando golpes de pico y garras con sutiles contorsiones, no vio las dos sombras silenciosas que picaban hacia tierra. Oyó justamente mi grito de alarma y confió en ese solo grito, sin observar siquiera el cielo con su único ojo, y voló en zigzag hacia el macizo de abetos más próximo. El buharro más rápido sólo pudo arrancarle una gran pluma de la cola antes de que desapareciera en el follaje. Por un instante, el buharro pareció estupefacto, batió el espacio con un ala blanda y lanzó un áspero canto de victoria, desvaneciéndose entre las ráfagas de nieve. Bajo el ramaje, me junté con Pluma Amarilla que se alisaba tranquilamente la rabadilla. Dobló una pata bajo su vientre, apuntó hacia mí su pico entreabierto y balanceando su cabeza de adelante hacia atrás, me hizo escuchar una risa larga y cadenciosa.

No lejos de nuestra isla, en la mullida cavidad de un vallecito, había un cementerio con altos cipreses que lo protegían del viento noroeste. Nuestra presencia en esos lugares era tolerada si no esperada y era el único lugar en que la proximidad humana, a veces muy numerosa, nunca representaba una amenaza. Una convención inmemorial nos prohibía posarnos sobre las estelas y caminar por los senderos de gravilla blanca. Sólo traspasábamos el límite de los cipreses cuando nos invitaban los sepultureros que lanzaban gruesas lombrices sobre la hierba rasa de los bordes. Sólo entonces nos posábamos sobre las más altas cruces de piedra y mirábamos flamear en el fondo de la tierra la oriflama de los muertos.

No he olvidado la mañana en que me encontré, por segunda vez, en la cercanía inmediata de un hombre. El lívido sol del invierno iluminaba su cabellera sorprendentemente clara. Llevaba una brazada de flores blancas que depositó sobre un pedazo de tierra nacarada por la escarcha. Después, se enderezó quedándose perfectamente inmóvil. Parado en la albardilla de un muro de cierre, estaba tan cerca de él que percibía como un zumbido confuso el ritmo precipitado de su respiración. Regresó con fuerza el sentimiento que me había dominado cuando me encontré con un hombre por primera vez. Aunque en el entretanto, tomé conciencia de que el ser humano sobresale en diezmos, no podía dejar de sentir por él una secreta y misteriosa fascinación. Sabía, sin embargo, que sus desmesuradas aspiraciones rompen el equilibrio de los días y que el hombre no es eterno, puesto que muere como nosotros, y a veces mucho más pronto. Presentía también que nada sobre la tierra, los aires o las aguas iguala en inconstancia a este ser vertical, capaz

alternativamente de arraigarse en un retazo rocoso, perseguir la tempestad más allá de los mares, tallar como encaje la piedra de las catedrales y arrasar con fuego ciudades milenarias. Es el mismo que en los campos fértiles clava en postes a nuestros semejantes a los que arranca los ojos con una cuña que les atraviesa la garganta. El mismo que, a veces, recoge en sus palmas a uno de nuestros polluelos que ha caído del nido y lo pone dulcemente sobre un montoncito de heno fresco. Sus gestos pueden hender el mármol o capturar los humos, lanzar la semilla en los campos de labranza o romper los huesos de los caballos.

Observaba a este con una curiosidad creciente mientras sus labios se movían en silencio y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Por efecto del ligero recalentamiento, una teja del tabardillo crujió ligeramente atrayendo su atención. Lo que yo representaba en esos instantes debió parecerle insoportable; se agachó a recoger un puñado de guijarros que me lanzó furiosamente. Con el corazón asombrado, volé sin ruido hacia los árboles. El hombre, tranquilo, prosiguió su conversación muda con los muertos.

### III

Las reglas a que nos somete la colonia tienen por objetivo la supervivencia de nuestra especie y descansan sobre una necesaria solidaridad que asigna a cada uno un espacio vital y su parte de alimento. Sucede que algunos individuos, casi siempre nimbados por el prestigio de la ancianidad, las trasgreden en su beneficio y, al barrer con nuestra forma de jerarquía natural, instauran mediante el terror una dominación contraria a nuestras reglas.

Quiebrapicos era uno de esos. Su edad era tan venerable que ya no participaba en la reproducción. Al llegar la primavera, se apareaba con una hembra estéril y rara vez se alejaba de los álamos. Su plumaje grisáceo, casi siempre desordenado, sus patas escamosas y torcidas, su frente pelada cubierta de cicatrices daban la impresión de clara decrepitud, pero su fuerza tensada por los días era considerable y su terrible pico color ceniza podía quebrar una nuez, hender el hielo de un estanque o cavar en la corteza de los pinos agujeros por donde corría la savia. A la edad en que la disminución de sus necesidades vitales habría debido llevarlo a vivir parcamente de las sobras abandonadas por la horda en los terrenos de caza, reinaba como déspota glotón, robando las raciones colectivas o apropiándose a la fuerza de los mejores trigos. Jamás cazaba ni rebuscaba en los campos, contentándose con sobrevolar a sus congéneres a la espera de que exhumaran una carroña de la nieve o que su lento escarbar sacara los granos germinados de un campo de labranza. Cuando una patrulla encontraba comida y se aprestaba para el festín, salía de las nubes, plantaba sus garras en la tierra y agitaba sus enormes alas en señal de advertencia. Entonces había que mantenerse a buena distancia mientras se daba un festín solo, sin siquiera hacer oír un graznido de indignación. Una vez se le vio abrir el cráneo de un joven cuervo que se atrevió a disputarle los despojos de una ardilla.

Aunque la tiranía de Quiebrapicos estaba cubierta por el oprobio general, ninguno se sentía bastante poderoso para ponerle fin por la fuerza. Sólo una

acción concertada y realizada por un gran número tal vez hubiera devuelto al anciano a la razón. Pero Quiebrapicos evitaba realizar sus provocaciones cuando la colonia se encontraba reunida en pleno. Presionaba sólo a las patrullas aisladas y pasaba impunemente de una a otra, preocupado de no despojar a sus víctimas dos días seguidos, dividiendo así la posibilidad de motín.

En la noche, se posaba en la cima de un álamo temblón que dominaba los árboles de la isla y cuyo descarnado ramaje se recortaba contra las estrellas. Como se reservaba el derecho de ser el primero en saludar la aurora, su grito ávido caía sobre nosotros al mismo tiempo que la fría luz del día.

Pluma Amarilla y yo estábamos a punto de renunciar a nuestras exploraciones infructuosas cuando el tiempo nos trajo el olor de una humareda. Nos dirigimos hacia las montañas y sobrevolamos a gran altura el inmenso paisaje desierto y helado que precede al territorio de las águilas. Una espesa columna de humo negro obstruía el horizonte. Pluma Amarilla inició un reconocimiento, picando hacia el suelo como una flecha y dejándome la tarea de vigilar las nubes por donde podía salir en cualquier momento el águila invulnerable.

Pronto me lanzó el grito de reunión; comprendí que había encontrado buena comida y piqué entonces hacia la capa de humo. Del pequeño redil sólo quedaban restos ennegrecidos. Los animales habían muerto quemados en el establo y sus cuerpos humeaban entre los escombros. El pastor, semidesnudo, estaba tendido a lo largo en la nieve apisonada por huellas de pasos. Un arma le había destrozado el cráneo del que todavía brotaba un líquido rojizo e hirviente. Pluma Amarilla bailaba descaradamente al lado de esta carne, gozando con el pico lleno de jirones sangrientos. A pesar del hambre que helaba mis entrañas, me mantuve a buena distancia del lastimoso cadáver. Un oscuro respeto me impedía picotear ese cerebro, poco distinto al de un buey. Pluma Amarilla interrumpía de cuando en cuando su festín para invitarme con sus gritos. Su único ojo, que el placer humedecía extrañamente, pasaba de la sorpresa a la incredulidad. Me alejé hacia el establo, donde sentí sobre mis plumas el soplo caliente de las brasas. Aquí y allá daba algunos picotazos en las carnes carbonizadas del ganado, que me asqueaba con su sabor acre.

Me pareció que los humanos que habían arrasado el lugar no lo habían hecho impulsados por el hambre. En medio del invierno, habían sacrificado a su

cólera un hermoso hato de ganado. Una rabia ciega los había llevado a borrar de la tierra todo rastro de su víctima: muros, herramientas, animales y hasta el último fruto de su linaje.

Correteando entre las ruinas, descubrí otras siluetas petrificadas entre la ceniza. Sus manos implorantes aún se tendían al cielo.

Volví al patio en el momento en que Pluma Amarilla comenzaba a picotear los ojos del pastor muerto. Sus picotazos caían sobre el rostro inerte al ritmo de un balancín, haciendo más horroroso su aspecto. Nada habría podido hacer que compartiera su comida y, de súbito, me sentí ajeno a mi raza, ya que sentía una mortificante misericordia hacia nuestro más viejo enemigo. Entre los restos del henil encontré unos granos de maíz respetados por las llamas y ellos fueron mi comida sin mayor remordimiento.

La sombra que se deslizaba lentamente sobre la nieve me hizo temer que se acercaba un águila y lancé un grito estridente, antes de haber mirado al cielo. Pluma Amarilla reaccionó de inmediato y dio un salto espectacular hacia un lado. Reconocí el perfil familiar de Quiebrapicos surgiendo por encima de nosotros. Aterrizó sobre el vientre del pastor, mientras acompañaba su canto lúgubre con un largo batir de alas. Después, sin prestarnos la menor atención, metió la cabeza entera en el cráneo del muerto. Pluma Amarilla, que aún no había saciado su larga hambre, estuvo unos instantes consternado antes de ponerse a girar alrededor del cadáver, bailando en una pata, buscando la brecha por donde infiltrarse. Aunque me hacía pocas ilusiones sobre la fatuidad de mi compañero de caza, intenté apartarlo volando ruidosamente a su alrededor, pero su glotonería triunfó sobre mis advertencias y con una estupidez que me hizo graznar de terror, asestó un formidable picotazo en la rabadilla del anciano. Quiebrapicos, que apenas se había alterado, sacó calmadamente del cráneo su cabeza calva y pegajosa de humores. Miró al rebelde con desprecio glacial y, furiosamente erguido, balanceó su cuello hacia atrás como las serpientes furiosas. Pluma Amarilla no pudo siquiera esquivar el primer golpe que lo mandó rodando hasta el pie de los escombros donde se quedó tirado sobre el flanco, inerte y quebrado. Creyéndolo sin vida, su vencedor se volvió hacia mí y esperó que le manifestara mi sumisión total. Cuando se sintió confortado en su soberana arrogancia, agarró la oreja del pastor entre sus mandíbulas, la arrancó con un fuerte tirón de cabeza y la hizo desaparecer en la infecta caverna de su tragaderas.

Después del vuelo pesado de Quiebrapicos, una nieve polvorosa y vagabunda había borrado las humaredas y cubría con una tenue mortaja los restos del pastor. Con los sentidos embotados, Pluma Amarilla logró pararse sobre sus patas pero sus intentos de elevarse por los aires terminaron en volteretas. Su ala quebrada le colgaba debajo del vientre y obligándolo a mantenerse inclinado. Avanzaba pesadamente, como un barco agobiado por el oleaje, y sus plumas remeras abrían en la nieve un surco ondulante.

El día comenzaba a declinar. Brumas glaciales subían del valle de donde brotaba a veces el grito anticipado del búho. La certeza de no poder volver a la colonia provocó en Pluma Amarilla una súbita pesadumbre. Su ojo esférico escudriñó el cielo en dirección a la isla, hacia la que tendía todo su ser a pesar del vuelo imposible. El espacio infranqueable que la noche conquistaba poco a poco traía en sus tinieblas nacientes una inflexible sentencia de muerte. Admirado de que aún estuviese a su lado, Pluma Amarilla me observó con mirada preocupada. Sin duda, reconoció por mis gritos que yo estaba menos resignado al adiós que él mismo al sufrimiento, porque aceptó seguirme hasta el bosquecillo más próximo. Por casualidad, encontramos allí una madriguera que se abría entre las raíces de una encina. En ese refugio dejé a Pluma Amarilla y, sin perder un instante, volé al cielo donde apenas quedaba una ínfima luminosidad.

Cuando reencontré la isla, la colonia ya estaba diseminada por los ramajes y reinaba un espeso silencio. Los centinelas se agitaron un poco cuando me vieron preparar un descenso, pero yo lancé el grito de reunión y volvieron al instante a sus puestos de vigilancia. Mi llegada tardía y solitaria no provocó reacción alguna en la horda adormilada. Nadie tenía conciencia del drama que se había desarrollado en el redil y, a decir verdad, a nadie le habría importado. Sin duda, nuestra ausencia había sido notada en la reunión del crepúsculo, pero no había sido lo bastante significativa para alarmar la conciencia colectiva. En medio de esta cruda estación, es habitual que cada día desaparezcan dos o tres individuos. La inquietud no surge sino en el momento en que se reconoce que faltan patrullas completas. Se trata entonces de la señal de que una amenaza grave pesa sobre la tribu y, para identificarla, se organiza una minuciosa exploración del territorio, seguida de tumultuosos concilios. Ya sea que los hombres hayan envenenado los granos de un semillero opuesto nuevas trampas o que sobre nuestras rutas nos embosquen con sus largos fusiles de chispa. Ya sea una bandada de aves rapaces lavando la ofensa de un polluelo robado o una pelea del vecindario. Una vez puesto en

evidencia el peligro, y bien establecida la localización, se declara vedada toda una comarca y ninguno de nosotros puede aventurarse a ella, bajo pena de destierro.

El nuevo crimen de Quiebrapicos, que a esa hora dormía apaciblemente en la cima de su álamo, pasaría, entonces, inadvertido. La colonia, tan débilmente amputada, no se admiraría de encontrarme vivo al amanecer que llegaba. Se deslizaba en la noche fría, saciada con tristes alimentos, secretamente aterrorizada por la incógnita de los días venideros.

Pluma Amarilla se había aventurado al exterior de la madriguera para buscar larvas enterradas. Cavó profundas galerías alrededor de la encina, sin encontrar otra cosa que bellotas podridas. Por suerte, yo le aporté un ratón de campo petrificado por el hielo, pero aunque lo alegró mucho, no pudo cortar el cuero duro como el sílex. Mientras recalentaba la presa bajo su vientre, partí a reconocer los alrededores, sin acercarme mucho a la silueta del pastor achicada por nuevas nieves. Descubrí un auténtico vivero de presas que resultaría inagotable en los días siguientes: el calor provocado por el incendio había traído a la superficie una multitud de lombrices tan gordas como culebras. También habían sido desalojados de los viejos muros los lagartos que permanecían semicongelados al pie de las ruinas, cuyos lomos helados se rompían tiernamente con el pico.

Hasta el final del día hice incesantes caminatas entre el redil y el bosquecillo, depositando ante la madriguera gordas pelotas de lombrices y pedazos de lagarto con la piel diamantina. Pluma Amarilla acogía cada una de mis apariciones con gritos agudos y castañeteos de pico. Arrastraba por el suelo su ala quebrada y cuando, por descuido, la plegaba sobre su flanco, se escuchaba un leve crujido, como el de una caña partida. Entonces, se enderezaba bruscamente y de su pico entreabierto se escapaba un sonido plañidero. En ese instante, fulgurantes premoniciones llenaban de espanto su mirada. Presentía que si el producto de mis acarreos le permitía vivir, se acercaba el día en que las exigencias de la especie me alejarían de él para siempre. Ya no estaba tan lejana la primavera que me llevaría a elegir pareja y a abandonarlo en la madriguera oscura. Y entonces, arrastrando el ala, iría a disolverse en la soledad y el olvido.

Pasado ese instante de horror, pronto volvía a la superficie la naturaleza de Pluma Amarilla, jubilosa y potente. Un nudo de lombrices lanzado a sus pies

bastaba para distraerlo del dolor y empujarlo a una especie de danza ciega alrededor de los árboles.

Cada mañana encontraba a Pluma Amarilla a la entrada de su madriguera esperando mi llegada y gritando como pajarito abandonado a medida que me acercaba. Debajo de los escombros quedaban muy pocos lagartos paralizados por el frío, pero la tierra reanimada del redil seguía rebosante de lombrices.

Cuando a la primera caída de la tarde intenté no regresar a la isla e instalarme sobre la encina del bosque; no contaba con el irreprimible instinto de grupo. En el momento en que las sombras de la noche cubrieron los valles, una fuerza imperiosa me sacó del redil y me condujo al corazón de la arboleda donde palpitaba la sangre de mi tribu. Allí, rodeado de la multitud silenciosa, bañado en fluidos vitales, me hundí en un sueño helado que me hizo olvidar por un rato el hombro dislocado de Pluma Amarilla.

Una mañana, encontré a la entrada de la madriguera algunas ligeras huellas en la nieve. Indicaba que un hurón había incursionado en la galería. Esperando encontrar allí un conejo tierno para degollar se topó cara a cara con Pluma Amarilla. Seguramente le cortó el aliento la sorpresa de encontrar una corneja macho en esos lugares. Pero no había señal alguna de enfrentamiento, ni siquiera una plumilla o una gota de sangre. Pensé que Pluma Amarilla, impaciente de hambre, había correteado hasta el redil y partí rápidamente hacia los escombros. Lancé llamados en todas direcciones que me fueron respondidos por el eco pero ningún otro grito brotó de la llanura. Sobrevolé sin descanso los paisajes desérticos y me aventuré hasta lo profundo del territorio de las águilas, donde los glaciares cortan el espacio con sus cuchillos de plata. Impulsado por una última esperanza volví después al bosquecillo. Pero la madriguera continuaba vacía y hasta el olor de Pluma Amarilla había desaparecido.

## IV

Me faltaba escoger una patrulla con la que compartir la caza durante todo el largo invierno. Después de hacerme rechazar por algunos machos intratables que ya codiciaban alguna pareja, fui finalmente acogido en una pequeña compañía en la que se habían juntado los pájaros más miedosos y torpes de la colonia.

De pequeña envergadura y de un plumaje opaco, su aspecto dejaba ver que casi siempre pasaban hambre y que sobrevivían gracias a la caridad colectiva. Predominaban las hembras. Una de ellas era de una talla tan pequeña que podría tomársela por chova<sup>[4]</sup>. Siempre por detrás, se posaba en cada rincón de pastura para recuperar el aliento y otear los caminos. La más pequeña sombra le hacía huir con gritos enloquecidos. Había que llamarla entonces durante largo rato hasta que salía despeinada y aterida de un macizo de espinos o una mancha de retama. Cuando en el camino a la aldea un saco despanzurrado dejaba escapar un chorro de cebada o cuando algunos jirones de carne aparecían en un esqueleto olvidado, lanzaba gritos de alegría tan estridentes que atraía hasta nosotros a todas las patrullas de la vecindad. Su canto vivo y modulado, su perfil de paloma, sus ojos brillantes y siempre húmedos la destacaban entre las hembras de la tribu. Sin embargo, no había un macho que pudiera soñar en acoplarse con ella cuando volviera la primavera: Chiquitita era tan temerosa que habría tenido miedo de sus propios huevos.

Desde nuestras primeras salidas, me esforcé por inculcar a esta patrulla de mendigos el gusto por la caza y las cosechas. Les enseñé a levantar la corteza reblandecida de las ramas bajas para descubrir crisálidas, a escarbar en las frescas topineras que acumulan larvas acarreadas desde las profundidades. Les mostré cómo bajo las guaridas de las aves nocturnas se encuentran, a veces, trozos deliciosos de carne ocultos en las pelotas de pelos y huesos. Me seguían con una docilidad ejemplar, pero no participaban sino furtivamente en

mis búsquedas, tan atolondrados que a veces los alimentos se les caían del pico. Chiquitita correteaba tímidamente a mi lado y cuando yo me detenía a mirarla, se cubría ridículamente la cabeza con un ala o corría a ocultarse en el fondo de un hoyo.

A veces, no quería oír sus graznidos lastimeros y buscaba reencontrar el soplo purificante de la soledad. Aprovechaba cuando la patrulla se reunía para merodear algún campo de labranza, libres de amenaza, para ir un rato hasta el redil. En ese lugar, descubrí que a los hombres les repugna dejar en la superficie las huellas de sus conflictos. Donde había yacido el cadáver del pastor, plantaron cruces de madera. Las herramientas, los esqueletos del rebaño, todo lo que recordaba la incoherencia de la masacre había sido cuidadosamente disimulado bajo los escombros. Las zarzamoras habían echado raíces entre las ruinas. Las tumbas se cubrirían de ortigas y epilobios. En ese jardín apacible nadie recordaría la ferocidad de las armas. Más lejos, en las profundidades del bosquecillo, donde los carámbanos comenzaban a derretirse, la encina erguía a la luz sus botones lisos y dorados. Entre sus fuertes raíces, la madriguera intacta se abría como una vieja herida y de las profundidades de la tierra subía la sangre negra del olvido.

Al volver de esas escapadas, encontraba conmocionada a la patrulla. Apretados unos con otros, mis lastimosos compañeros, en conciliábulo, no dejaban de mirar hacia el punto del cielo donde yo había desaparecido. Entre los gritos que saludaban mi llegada, sobresalía la voz aguda de Chiquitita. Con una solicitud que me parecía excesiva, pero que no podía contener, desenterraba una larva apetitosa que depositaba a sus pies. Chiquitita se bamboleaba ante la ofrenda, pero vacilaba tanto rato que infaliblemente se la robaban. Entonces, me miraba enojada con sus ojos negros, como si yo hubiera sido el instigador del latrocinio y se iba a suspirar junto a un seto.

Una noche, el río se desbordó como un animal herido se levanta de un brinco. Los álamos de la ribera, cuyas raíces se habían humedecido con el barro de las crecidas, cayeron bajo la fuerza de la corriente y partieron río abajo; al tumulto de las aguas se mezclaba el fragor de los ramajes enredados. La corriente arrastraba los últimos islotes de hielo que escoltaban escuadras de gaviotas. De la noche a la mañana, la destrucción de las orillas redujo nuestro espacio vital a la mitad. Con urgencia se establecieron nuevas normas de convivencia para que las parejas y las patrullas compartieran con otras la parte del árbol que les estaba reservada. Se vivió entonces en la mayor

promiscuidad y en la reunión de la noche, pesados racimos negros hacían doblarse las ramas de los árboles supervivientes. Sólo Quiebrapicos prohibía a todos el acceso a los vastos espacios de su álamo temblón. La proximidad de la primavera lo ponía más irritable que nunca y rechazaba a los intrusos con una barbarie que nos abrumaba de indignación. Pero el vigor que subía en nosotros y exacerbaba nuestros olores mezclados nos alejaba de cualquier revuelta, de manera que no reaccionábamos cuando perseguía a un importuno y lo empujaba hacia las aguas del río, hasta hacerlo desaparecer en la hondura de un torbellino.

Chiquitita tenía la costumbre de posarse a mi lado, pero se preocupaba de conservar entre nosotros una distancia respetable. Una noche, unos recién llegados que se habían parado en nuestra rama la apretaron contra mí y varias veces puse mi cabeza en el hueco de su ala, recogiendo en la profunda pelusilla el penetrante olor de sus esencias. Entonces se despertó lentamente el sueño de mi vida de pájaro. Soñé con un fluido leve que nos llevaba hacia la llanura de tierras fértiles y abundantes en caza, con un árbol hospitalario erguido en el silencio. Se me apareció la imagen del huevo secreto en el fondo del nido, luminoso como un astro y portador de sustancias inmortales. Aunque Chiquitita, aterrorizada no se dejó cubrir, un calor delicioso invadió mis riñones y, en un batir de alas, mi destino se fundió con la eternidad.

Poco a poco, las patrullas se habían disuelto para dar lugar a nuevas parejas. Antes de partir de caza, algunos machos solitarios peleaban todavía por una hembra indecisa. Los signos que anunciaban el éxodo se multiplicaban alrededor de nosotros. Al profundizarse, los lodos de la orilla habían formado pequeños pantanos por donde se aventuraban las ranitas adormiladas. En los musgos bullía una espuma de larvas y no había campo donde no hubiera germinado el lúpulo, el trigo o la cebada. La abundancia recuperada permitía mejorar la sangre debilitada y colmaba nuestras carnes de lancinante frenesí. No obstante, aunque la ebriedad de los recomienzos estuviera próxima, la última mañana que vería romperse los lazos de la colonia no había llegado aún; la señal del viaje vendría más tarde, cuando los álamos balancean en el aire tranquilo sus guirnaldas de flores rojas.

Durante toda la noche, crujidos, relinchos, voces de mando nos tuvieron despiertos. De las riberas oscuras subía el olor a hombres y a caballos. Después, la aurora se abrió sobre una larga franja de espuma rosa. Quiebrapicos lanzó el grito de alerta que debería habernos dispersado hacia

los cuatro puntos cardinales, pero el embotamiento nos clavaba a las ramas y nadie emprendió el vuelo.

Numerosas tropas ocupaban ambas riberas del río y se enfrentaban disparando sus armas relampagueantes. El eco de sus estampidos rodaba por el valle y sobre la multitud flotaban banderas de oro y plata. Sólo el río separaba a los dos ejércitos; barcas de fondo plano eran echadas al agua y se deslizaban lentamente hacia la isla.

Queiebrapicos emprendió el vuelo, picó hacia la superficie de las olas y remontó la corriente con vuelo veloz. Algunas parejas lo siguieron, huyendo de la confusión que reinaba entre nosotros. Se volaba de una rama a otra y sólo se formaba una vasta nube incoherente cuando los cañones comenzaron a tronar. Brotaron del suelo altas gavillas resplandecientes y un árbol fulminado cayó envuelto en llamas. Chiquitita lanzó un grito de espanto y huyó a ocultarse en la espesura. En el lugar donde había desaparecido, nuevas explosiones hicieron volar la tierra en pedazos.

Humaredas acres subían al cielo por donde pasaban furtivamente nuestras sombras perdidas. Ya los humanos habían desembarcado en las orillas; sólo se distinguían sus siluetas, que corrían y se enfrentaban en breves luchas cuerpo a cuerpo, pero se oía el ruido metálico de las armas y las extrañas quejas que exhalan antes de morir.

Cegado por el humo, batía desesperadamente las alas para ganar altura, cuando una violenta ráfaga me lanzó a tierra. De repente, se borraron los clamores y la luz de las brasas se cubrió con un velo opaco. Me quedé clavado en las espinas de un endrino, aturdido y aterrado, entregado al furor de los hombres cuyos tambores retumbaban al infinito.

## V

La noche que siguió fue profunda y tranquila. No flotaba ningún perfume, ni siquiera el de la tierra y las tormentas, y había cesado todo rumor. Sin embargo, el espacio en el que yo daba vueltas con inexplicable lentitud no estaba desierto: a lo lejos palpitaban los astros, las sombras se deslizaban en el silencio. Esta calmada travesía representaba tal vez el sueño de mi propia muerte. El aire era tan ligero que no lo sentía zumbiar sobre mis alas y sólo unos fragmentos de conciencia permanecían fieles a mi voluntad.

De repente, violentas sacudidas, como si me estrellara contra un campo de remolinos, me hicieron recobrar el sentido. En el mismo instante, mis ojos se abrieron ante el rostro de un hombre. Me tenía suspendido por la punta de las alas y me palpaba los flancos con unos dedos duros como pezuña. Una venda manchada de sangre le tapaba un ojo. Yo lo miraba, sin temor, atento a los sonidos breves que salían de su boca.

Estábamos, sin duda, en la ribera de la isla, porque los álamos abatidos cubrían el suelo y yo sentía, muy cerca, el canto de la corriente del río. Apareció otro hombre con una pierna envuelta en trapos sucios. Caminaba apoyándose en un bastón. La mirada que fijó en mí no era la de un enemigo. Lanzó un grito de cólera cuando el tuerto apretó con su mano poderosa mi gaznate. Yo sospechaba que había resuelto torcerme el cuello para, tal vez, lanzarme a la marmita que humeaba sobre las brasas, pero el cojo lo interpelaba con insistencia y sentí que se aflojaba el apretón de los dedos córneos.

Al cabo de un largo diálogo, pasé de las manos del tuerto a las del cojo, que eran tibias y dulces. Me alisó detenidamente las plumas del cuello, y me entreabrió el pico para deslizar un dedo. Después, enrolló un pedazo de tejido grasiento alrededor de mi pata herida y me amarró un cordel cuya otra punta ató a su muñeca. Con hojas caídas y restos de cortezas, preparó una especie

de nido en el que me depositó, como a un polluelo ridículo, antes de tenderse a mi lado.

Apenas se oía la respiración que subía de las formas tendidas y se confundía con el murmullo del río. A veces, brotaba del fuego encendido un crepitar de chispas, que provocaba un leve sobresalto en los durmientes. Entonces se tensaba bruscamente el hilo que me ataba al cojo y me hacía bailar por los aires.

Con unos picotazos, habría podido librarme de esta frágil atadura, pero un instinto oscuro me obligaba a la pasividad. El fuego de la batalla había aniquilado la colonia. Sin ella, estaba condenado a la soledad y la vagancia. Sabía que me esperaban largas estaciones estériles y combates desiguales. La compañía de estos hombres miserables me producía menos temor que los peligros de la libertad.

Una claridad indecisa atravesó la bruma y vino a iluminar a los hombres dormidos. Era la hora de los primeros merodeos. Me puse a escarbar el suelo a mi alrededor mío en busca de una larva o una lombriz, pero no encontré más que la concha de un caracol, y más abajo, una pinza de cangrejo tan vacía como una caña hueca. Mientras me empeñaba en cavaren esos terrenos desiertos, advertí sobre mí la mirada atenta del cojo. Parecía complacido por el espectáculo de mis exploraciones y su rostro expresaba sincera amistad. Dulcemente, tiró del cordel para atraerme hacia él y con las uñas limpió de ramitas mi plumaje. De cuando en cuando, por torpeza, me arrancaba un montoncito de plumón, por lo que se disculpaba de inmediato acariciándome la cabeza. Se puso de pie trabajosamente y me arrastró para un paseo vacilante alrededor del vivac. Yo cojeaba tanto como él, pero mi pata desamparada soportaba bien el peso de mi cuerpo. Despertó al tuerto empujándolo con la punta del pie y partió a lavarse la cara al río.

Una multitud de cuerpos inertes yacía a lo largo de las riberas y en el fondo de las barcas destrozadas, llenando el aire fresco de la mañana con una vaharada dulzona. Cuando el tuerto se reunió con nosotros, mi guardián dio una brusca media vuelta. Una vez más olvidó que yo estaba en la otra punta del cordel y me levantó por los aires como un ciervo volante. Intercambiaron de nuevo gruñidos de cólera, pero esta vez no fui yo la causa de su discordia. Miraban hacia la otra orilla del río gesticulando y después se enfrentaban con desagrado, en actitudes provocadoras. Los apaciguó una pulgada de hierba

seca, sacada del fondo de una bolsita. El tuerto aceptó unas briznas que puso en la cazoleta de una larga pipa negra. Inmediatamente, me aturdió un aroma picante y delicioso y el silencio volvió a caer sobre la tierra.

Hubo otra pelea entre ellos cuando el cojo, vaciando su alforja en el suelo, sacó a la luz tres pedazos de pan seco. Tendió uno al tuerto, se metió otro en la boca y puso el tercero delante mío. No tuve tiempo de probarlo. El tuerto lo pinchó con la punta de su bayoneta y se lo apropió entre gruñidos. Ese latrocinio le valió una andanada de injurias que no lo alteraron demasiado, retirado a buena distancia para devorar mi parte. El cojo sacó de su boca una bola de miga toda húmeda y me la metió al fondo de la tragadera. Recordé la tibia consistencia de los alimentos originales y, por un momento, vi cruzaren el espacio la sombra inmensa de mi padre.

Intermitentemente, llegaba hasta nosotros el ronco tronar de los cañones lejanos. Debilitados por el hambre, los hombres se adormecían de aburrimiento y pasaban acostados la mayor parte del día. A veces, uno de ellos se alejaba hacia la ribera y observaba largamente el horizonte desierto. Nunca dedicaban una mirada a los muertos descuartizados bajo el sol ardiente, cuyo hedor porfiado llenaba todos los rincones de la isla.

Una tarde, cuando el cojo me arrastraba hacia el río, me detuve ante una charca poco profunda al percibir un ligero remolino. La cuerda se tensaba tirándome hacia la playa. Por primera vez, resistí con todas mis fuerzas el arrastre lanzando gritos de rebelión. Con los pasos atrás que dio el hombre, tuve tiempo para hundir el pico en el agua agitada y sacar un renacuajo palpitante. Rápidamente, picoteé algunos otros, temiendo que el cordel se tensara de nuevo, pero el cojo me dejó que vaciara tranquilamente la poza.

Este descubrimiento providencial le dio la idea de una cacería que emprendió algunos momentos después en compañía del tuerto. Hasta la caída de la noche, buscaron en los mimbrales, los charcos herbosos, las ensenadas estrechas cuyas cañas golpeaban con sus pértigas haciendo salir algunas ranas aturdiditas. Para capturarlas, lanzaban sobre ellas sus grandes bonetes que, a veces, flotaban en la superficie y recogían con gritos de alegría.

Más tarde, en el campamento, las presas fueron dispuestas una a una a la luz de las llamas y trinchadas con un golpe de bayoneta. Desolladas con un gesto seco que revelaba la carne color malva de sus muslos, eran alineadas en una

caña puntiaguda que el tuerto hacía girar sobre las brasas. Comieron lentamente, a bocados ínfimos, raspando y chupando los huesecillos. Me sorprendió el placer que me daba verlos; era como en la época de las patrullas, cuando me regocijaba el espectáculo de un festín colectivo. Frente a estos compañeros de infortunio, que se alimentaban en silencio, renacía secretamente el instinto solidario de la comunidad.

El tuerto no ignoraba que yo había estado en el origen de esa inesperada comida. Lanzó frente a mi pico un muslo entero que acababa de sacar de la caña. Ya había saciado mi apetito con los renacuajos, pero no quise despreciar la ofrenda del hombre que, el día antes, soñaba con retorcerme el cuello. Por su parte, me miró picotear la carne rubia y humeante. Su único ojo brillaba como una estrella en la noche.

Al amanecer, corrieron a lo largo de la orilla lanzando gritos estridentes. Dos barcas cargadas de soldados habían dejado la ribera opuesta y atravesaban el río. Incómodo por los tirones del cordel que causaban sus movimientos, el cojo me había encaramado sobre su hombro. Fue desde lo alto de esa percha ondulante que vi desembarcar la pequeña tropa, que hizo circular a nuestro alrededor. El tuerto y el cojo hablaban alternativamente con voz fuerte, indicando con el dedo diferentes puntos de la isla. Los rodeaba un silencio respetuoso. No se interrumpían más que para recibir las pequeñas cantimploras que les pasaban de cuando en cuando y vaciaban con gestos de placer. Una vez terminaron de hablar los hombres, armados de palas, partieron a cavar en los bordes de la orilla zanjas poco profundas en las que echaron a los muertos. Algunas piedras, una cruz de cañas o un casco agujereado adornaron el ocre húmedo de las sepulturas. Después, se alinearon para apuntar sus largos fusiles hacia el cielo vacío. Su salva hizo estremecer las hierbas y el eco rodó hasta el pie de las montañas.

El tuerto se colocó a bordo de la primera barca, mientras el cojo me llevaba a la segunda. No había abandonado su hombro que se inclinaba con cada golpe de remo, obligándome a apoyarme en una pata y luego en la otra, en una especie de danza a la que el balanceo ponía ritmo. Los soldados, silenciosos, miraban ese movimiento con ostensible repulsión. En sus manos tenían todavía el aliento desesperante de los muertos.

A medida que avanzábamos hacia el centro del río, envueltos en una aromática frescura, la isla desaparecía lentamente en la bruma centelleante. A

lo lejos, sus follajes desgarrados la hacían irreconocible. El alto álamo temblón desde donde vigilaba Quiebrapico ya no estaba, ni tampoco los abundantes ramajes hospitalarios donde se recogían nuestras escuadras en sus regresos crepusculares. Mientras los humanos me arrastraban en su retirada, la vi fundirse a lo lejos, como si naufragara. Y de las aguas que hendían furiosamente los remos se elevaba el canto ignorado de mi tribu.

## VI

El tiempo pasado en compañía de los hombres y, sobre todo, la paciente determinación del más singular de ellos, me hizo descubrir que cada cosa lleva un nombre y que los nombres de las cosas, en sí mismos, forman un mundo de reflejos infinitos, tan vasto y vivo como el de los árboles y los animales. Yo había vivido hasta ahora en un universo de encadenamientos indistintos y precarios; la luz no se llamaba luz, no era sino la señal de una noche que terminaba, amiga de las pistas reencontradas y los ramajes claros. Cuando desaparecía en el horizonte, no dejaba más que la promesa de un retorno y su brillo disipado se confundía con el de las estrellas. Provisto de un lenguaje, podía hacer en adelante vibrar su nombre en el corazón mismo de las tinieblas. Esta certidumbre había terminado por anclarse en mi cabeza de pájaro: una cosa no existe verdaderamente a menos que lleve su nombre y sobreviva a su ausencia, en caso contrario, no es más que una visión frágil que la multiplicidad desencarna pronto. Yo había sido ese reflejo furtivo sobre la superficie del río, esa cruz de sombra deslizándose sobre los trigos dorados o trazando el cielo con vuelo obstinado. Había tenido placer y dolor, sumisión y cólera y ahora me llamaba corneja. Esa simple palabra parecía contener toda mi vida.

Recuperada la libertad, el cojo me arrastró largo tiempo de aldea en aldea, en una permanente juerga, vaciando copas que provenían de toneles repletos de licores rojizos. En la noche, compartía su jergón con hembras gruesas y jadeantes a las que horrorizaba mi presencia encima de un mueble. Antes del acoplamiento, me encerraban en un cofre, hasta donde me llegaba el ruido tumultuoso de sus escarceos como una resaca lejana.

Cuando me liberaba a la mañana siguiente, el cojo tenía siempre aspecto avergonzado y desagradable. Comenzaba por barrer mis defecaciones, me servía un tazón de agua, un pedazo de pan y cortezas de queso. Después me hablaba largamente, con voz plañidera que me resultaba totalmente

incomprensible, pero cuyo tono me indicaba pesadumbre. En esta época rudimentaria de mi aprendizaje, había notado extrañas similitudes entre las voces de humanos y animales. No hay más que oír llorar al corzo y la liebre heridos o sorprender el gruñido de éxtasis del oso cuando hace el amor. La nutria aturdida por sus juegos ríe como una mujer, suplica el zorro en su madriguera acosado por el fuego. Nosotros mismos, pobres cornejas, a las que se nos recuerda especialmente por nuestros gritos chirriantes, tenemos risas jubilosas ante el regreso de las mañanas tranquilas y acentos lúgubres para saludar a nuestros muertos.

De vez en cuando, el cojo hablaba con gran parsimonia y las pocas palabras que me susurraba se cargaban de tristeza y hastío. Una mañana, con los ojos clavados en la punta de sus botas y en medio de un silencio agobiador, me ató nuevamente la pata con un cordel que ya no usaba desde que me posaba en su hombro. Con ese gesto comprendí que quería hacerme saber que nuestra connivencia había terminado. Esa misma noche, a cambio de una mísera moneda de plata tirada sobre la mesa de la posada, me puso en las manos de un viajero.

Un carro viejo esperaba en una cuadra entre los caballos adormilados. Bajo el toldo se apilaban jaulas de mimbre llenas de sombras mudas. El viajero me encerró en una de ellas y desapareció llevándose la luz. Al resplandor del candelera, había visto brillar ojos redondos inquietos a mi alrededor, pero la oscuridad no me entregaba más que palpitaciones furtivas y, en algún momento, el batir desesperado de unas alas.

El viajero se puso en camino muy pronto, llevando su borrico atrás al paso por los surcos de la ruta. En el interior del carro, agitado por las sacudidas, los cautivos se observaban de una jaula a otra. Estaban reunidas muchas especies voladoras, desde las más comunes a las más feroces. El águila de los picachos estaba flanqueada por el estornino ceniciento, el chotacabras de cabeza plana, la avecilla de las nieves, el vencejo con alas de cuchillo temblando ante la alta silueta de un azor. Muy cerca de mí, una urraca abría el pico sobre una punta de lengua roída e imitaba casi a la perfección los gritos de los carreteros. Sus repetidos llamados despertaban a un gran-duque adormilado.

Con lentitud recorrimos una llanura que exhalaba olores desconocidos. El toldo levantado en la parte de atrás nos dejaba entrever, a veces, la pizarra

cálida de un campanario, el frente encalado de una finca, las ruinas de un murete entre las zarzas.

De súbito, un vuelo rápido cruzaba el horizonte luminoso. El paso de una torcaza o golondrina producía una agitación impensada que hacía temblar las jaulas. Se intentaban vuelos frenéticos, cortados de inmediato por las rejas. Los gritos brotaban por todas partes y no callaban hasta que el cielo recuperaba su cruel transparencia.

Los árboles se hacían más escasos, apacibles rebaños vagaban por los pastizales. Pronto, el camino se empedró con adoquines dispares que hicieron sonar el atalaje. Una creciente congestión obstruía puentes y murallas de los burgos. Para ceder el paso a carruajes más rápidos o más lujosos, el carro rozaba a menudo cunetas y cercos.

Nuestro viaje terminó en el centro de una ciudad de piedra donde no volaban más que impasibles nubes de palomas a la altura de torres inmensas. Cercada por murallas sombrías, cruzaban la plaza múltiples paseantes y estaba cubierta por tablados, jaulas y pajareras. Hasta donde alcanzaba la mirada, ondulaba una marejada de plumas, que congelaba de repente con el grito penetrante de un águila o un halcón. Encadenados a sus perchas o suspendidos en los balancines, se veían pájaros extraños a nuestras tierras; sus apariencias brillantes y sus silbidos melódicos atraían a muchos curiosos.

Delante de los pasajeros del carro, cuyas jaulas reposaban en el suelo, desfilaban unos pocos aficionados a pesar del desabrimiento de nuestros atavíos. Un solo cliente, después de largos conciliábulos, terminó por llevarse un pinzón solitario con plumas de color rosa vivo. La urraca habría, sin duda, atraído la atención si hubiera dejado oír su parloteo habitual, pero estuvo muda y taciturna durante todo el tiempo de mercado.

Caía ya la noche, el comerciante despechado se aprestaba a hacer el equipaje. En ese momento, una alta silueta destacó de entre la gente y avanzó lentamente hacia nosotros. A pesar de la tibieza del aire, el hombre llevaba una larga capa oscura que golpeaba sus costados. Sobre su mirada caía la sombra de un sombrero de ala ancha y un grueso manto dorado envolvía la mitad de su rostro, como si quisiera guardar en secreto algunos rasgos. Sin detenerse ante las jaulas, se puso a hablar con el comerciante. Percibí en su voz un zumbido cavernoso, parecido al soplo del aquilón<sup>[5]</sup> en el fondo de un

barranco. Me atravesó un estremecimiento cuando vi que fijaba en mí su mirada sombría.

Terminadas las palabras, algunas monedas cayeron en la mano del comerciante y sentí que mi jaula se elevaba en el espacio. Súbitamente reanimada, la urraca hizo oír un largo silbido de indignación, pero el gigante no le hizo caso. Indiferente a la multitud que se apartaba ante él, me llevó con paso tranquilo hacia las puertas de la ciudad.

## VII

La propiedad en la que iba a vivir tan largo tiempo confinado se levantaba en la cresta de una colina cuyos terrenos desolados se deslizaban hacia un valle oscuro. Sobre la única torre de la casa solariega las nubes bajas se hendían como la espuma en la proa de un barco inmóvil. Esta altura no era propicia para floraciones; el aire siempre batido por el viento no conocía más que veranos sin calor. La clemátide se marchitaba apenas abierta, la serpentaria había conquistado el territorio de las rosas. En invierno, cuando el valle se hundía en una capa de brumas, las nieves mordían las ventanas de la casa y se necesitaban bosques de velas para reemplazar al día desfalleciente.

Barbaluna era el amo solitario de ese feudo despoblado. Un perro perezoso vigilaba su puerta y al fondo de un escuálido prado sin cerco vivía un chivo semisalvaje. Eran los dos únicos animales acostumbrados al paisaje y, a veces, se les veía corretear frente a las escarpaduras. Pero bajo la roca donde crecía la zarza bullían invisibles colonias de áspides y escorpiones. Los pájaros parecían ignorar esas tierras hostiles que sobrevolaban en sus migraciones de equinoccio sin posarse nunca en ellas.

La noche que Barbaluna me sacó del mercado, lanzó su gran sombrero sobre un cofre y vi por primera vez su mirada clara fija sobre mí. Desde mi irrupción en el universo de los humanos, estaba atento a esa parte de la cara cuyos reflejos sutiles, profundidad y brillo indican la intención. No podía olvidar la lumbre asesina del ojo del tuerto ni la desazón que brotaba de las pupilas del cojo cuando me vendió al comerciante.

El trazado de las cejas, el color del iris, la movilidad de las pupilas son otros tantos signos que indican una naturaleza. Pudo sentirme tranquilo ante la mirada por fin desvelada de Barbaluna. En el gris tierno del ojo flotaban dulces sombras que se animaban de repente con el sonido de su voz. Era una mirada de río, de una transparencia y pureza luminosas, donde las pupilas

danzaban como astros gemelos. Ese rayo claro que me atravesaba con insistencia disipaba la desconfianza que me inspiraba la especie humana y sus temibles aspiraciones. Me sentía alejado de toda violencia y milagrosamente liberado de terrores legendarios.

Después de haberme hablado largamente con voz de consuelo, Barbaluna abrió la puerta de mi jaula. Ante mis vacilaciones, deslizó la mano bajo mis patas y me elevó por los aires. Volé de un muro a otro antes de encontrar, a la altura del techo, el ángulo saliente de una viga. Ese lugar se convertiría en mi percha favorita. La penumbra que había allí durante el día y la red de vigas toscamente labradas me recordaban vagamente el ramaje de los árboles. Cuando Barbaluna me vio posado a esa altura, me habló con su voz de ecos alegres, apagó la luz de los candelabros y salió llevándose la jaula con cuyos palos encendió el horno al día siguiente.

Yo tenía siempre mis ojos puestos en él y el oído alerta en todo instante. Incansablemente, me repetía el nombre de los objetos y las materias que pasaban por sus manos. No hacía ningún gesto sin decirme por qué lo hacía, asociando cada vez las diferentes etapas, desde su inicio hasta su realización. Así, el cuchillo de mango de madera llegaba a ser solidario con la manzana o la cebolla que trinchaba en la mesa, el sombrero que descolgaba del perchero me prevenía para una corta ausencia, pero cuando se ponía su pesada capa, sabía que su ausencia se prolongaría. Me bastaba percibir entre sus dedos el mechero de cobre amarillo para alegrarme de antemano por las llamas que se elevarían del hogar, o prepararme para el mal olor del sebo que subiría desde los candeleros.

Si el comportamiento de mi amo se me hizo pronto inteligible, los sonidos de su voz conquistaron con trabajo mi entendimiento. «Ventana» fue la primera palabra que retuve. No sé en qué momento Barbaluna tomó la costumbre de dejarla entreabierta, tanto de día como de noche, a menos que el cierzo helara las murallas o que rugiera una tormenta amenazante.

Esta salida que se abría a los grandes espacios me invitaba a frecuentes vagabundeos. Con las primeras luces, me escapaba para cortos vuelos alrededor de la propiedad. El perro, al verme bajar en picado, se enderezaba de un salto. El chivo, quieto sobre una roca, seguía mi recorrido con sus ojos de oro, hasta el momento en que yo me posaba en la punta del único alerce.

Entonces, tranquilizados de saberme que seguía con ellos, volvían a sus sueños interrumpidos y a sus paseos.

Desde mi observatorio contemplaba las techumbres de la casa y los collados vecinos. Mi visión iba más allá del valle, hacia la extensión de los campos claros, donde se deslizaba la sombra rápida de las nubes. No había día en que no tuviera ganas de lanzarme hacia ese horizonte esplendoroso. Pero el infinito me recordaba, de pronto, la mirada de agua de Barbaluna y el murmullo de las hojas traía los ecos de su voz. Mi libertad no era ya la travesía de espacios invisibles ni el descubrimiento de tierras desconocidas. Con vuelo sumiso, volvía a la ventana entreabierta.

Barbaluna aprovechaba mis escapadas para cambiar el agua de mi bebedero. Era también la hora en que dejaba caer sobre el piso algún alimento. Sabía de mi placer por venir a picar esos pedazos sobre el suelo y llevarlos hacia mi percha, entre las vigas. Y siempre me acompañaba su voz alegre. Por haberlos oído repetir mil veces, conocí pronto el nombre de la acelga que cocía en agua hirviendo, de la ciruela, el repollo y los huevos. Comía poca carne, y de mala calidad, porque los raros trozos que acompañaban mis pitanzas chorreaban de recocidos y me quemaban la garganta. Algunas veces Barba-luna traía del valle una canasta con truchas tachonadas de escarlata de las que me dejaba devorar las cabezas.

En la noche, cuando descansaba cerca del fogón, levantaba hacia la percha su mirada clara y decía solamente: ¡Ven! Se golpeaba la rodilla con la mano o bien el brazo del sillón o uno de los hombros y yo bajaba a posarme sin reticencia donde él indicaba.

Por los caminos de mulas que llevaban a la casa llegaban a veces visitantes. En esas ocasiones, el perro daba la alerta y se veía aparecer en el patio personas que tiraban un pequeño carro o llevaban parihuelas. Barbaluna corría a su encuentro, se inclinaba sobre una forma inerte que levantaba con precaución y la llevaba al interior de nuestros muros. Las gentes se iban entonces con paso lento y triste, sin poder separar sus ojos del lugar en que habían abandonado su carga.

Pude observar varias veces esta escena sin alejarme de mi percha que me daba una vista dominante sobre el patio, pero durante largo tiempo fue un misterio para mí lo que pasaba después de esas visitas. A lo largo de días y noches

Barbaluna no hacía sino breves apariciones. Con el ceño fruncido y los hombros cansados, se dejaba caer en el sillón, cerca del fuego apagado, y su cuerpo de gigante se contraía como por los efectos de un dolor ardiente. En esos momentos, su mirada era atravesada por fulgores imprevisibles y yo no me atrevía a salir de la sombra de las vigas. Por su parte, Barbaluna no me prestaba ninguna atención, olvidando mis bebederos y mis escudillas y saliendo de sus efímeros embotamientos para desaparecer de nuevo.

Bloqueada por un trozo de madera que le impedía cerrarse bajo las corrientes de aire, la ventana entreabierta me permitía ir a buscar mi sustento en los alrededores de la propiedad. Algunas bayas maduras, orugas, un lagarto sorprendido al pie de un pequeño muro... aseguraban mi comida, mientras el agua estancada de las charcas apagaba mi sed. Esos reconocimientos realizados sin esfuerzo y sin placer me hicieron pensar en el grado en que mi naturaleza se había transformado. Había perdido el instinto de la caza y la paciencia del acecho. Como compensación me habían brotado otras capacidades todavía confusas que arrastraban mis sentidos hacia nuevas percepciones. Comenzaba a distinguir las ondas de vida que rodean a los seres y a reconocer sus vibraciones particulares. El chivo fue el primero que me reveló las suyas, que me alcanzaron como un enjambre de flechas cuando volaba en altura sobre él. Descubrí otras, cerca del perro, más vacilantes, casi tímidas. Las de Barbaluna me acertaron, medio a medio una tarde que pasé delante de la ventana de su aposento, cuando regresaba de un vuelo sobre las colinas.

Desde el dintel de piedra que me servía de apoyo, lo vi sentado al lado de un niño casi desnudo, que reposaba, lívido, en una cama estrecha. Enderezó su inmensa silueta que el reflejo de los vidrios volvía diáfana, se acercó a una mesa llena de potes y frascos. De un caldero sacó un paño húmedo que depositó en la frente del niño. Sus gestos eran lentos y seguros, pero en el fondo de su mirada de río se deslizaban ondas desesperadas.

Yo seguía pegado al travesano hasta el momento en que Barbaluna me vio. Entonces, abrió dulcemente la ventana y murmuró la palabra que esperaba: «¡Ven!». Me acomodé al lado de un cofre, tan cerca del niño que podía percibir el ínfimo aliento que brotaba de sus labios. Los fluidos que dispersaba con la respiración se aferraban ferozmente al espacio, como esas nevaduras de luz fría a las tormentas declinantes.

Barbaluna murmuró todavía otras palabras que no entendí, pero yo sabía ahora del combate desigual que libraba en las tinieblas. Durante toda la noche hizo hervir mixturas, aplicó compresas y ungüentos. Cuando se adormecía en los escasos momentos de tregua, lo despertaba con un débil grito o un golpetear de alas. Sobresaltado, se empeñaba en poner ante la boca del niño un espejito que este apenas empañaba con su aliento.

El hilo de vida siguió tenso hasta el fin de la noche y se rompió con las primeras claridades del alba. Barbaluna acarició largamente el rostro inanimado antes de cubrirlo con un paño.

—¡Ven! —dijo marchando hacia la puerta.

Su voz parecía subir desde el fondo de un pozo. Adivinaba que era el momento en que debía pararme en su hombro.

Esta vez, los visitantes partieron llevándose el cuerpo envuelto en una mortaja. Pero las largas vigiliias de Barbaluna no siempre terminaban de esa manera funesta. A veces, a pleno día en el patio, en medio de gritos de sorpresa, devolvía al enfermo que había arrancado a la noche y que corría al encuentro de sus hermanos. Esos triunfos, menos numerosos que sus derrotas, le valían algunos regalos. Delante de su puerta depositaban cajas de frutas y canastos de huevos de corral. Y, a medida que pasaba el tiempo, llegaban los agradecimientos de los salvados y el reconocimiento de sus familias.

En tiempos de epidemias, otros visitantes subían de las profundidades del valle trayendo hasta la mansión a sus moribundos, que depositaban entre las manos de Barbaluna como último recurso. Desde que se alejaba el golpeteo de sus zuecos, yo regresaba a la pequeña sala iluminada por mil fuegos, donde ya flotaban los olores purificantes del alcanfor y la salvia, entre los fluidos que se disipaban.

## VIII

La noción del tiempo es un privilegio de los humanos, están preocupados por su permanencia terrestre que controlan en todo momento su marcha y extensión. Su destino se alimenta con el carillón de los relojes y cuentan sus días perdidos para siempre. En cuanto a mí, veía desfilan las estaciones sin poder distinguirlas, pero los acontecimientos en ciega sucesión marcaban el desarrollo de mi vida y me dejaban medir su duración.

Hacía mucho tiempo que el perro había muerto de una plácida vejez, y el cachorro que había tomado su lugar llegaba ya al límite de su edad. Librado apenas del cuchillo de los matarifes, un caballo vegetaba en la pesebrera, demasiado viejo para la silla y demasiado flaco para el trabajo de tiro. En cuanto al macho cabrío, en una tormenta lo había alcanzado un rayo al borde del acantilado. Su carcasa permanecería hasta las nevazones en la punta de una roca inaccesible. Lo sobrevolé algunas veces después de su caída vertiginosa, rozando el espeso pelaje negro que se movía con el viento. Su ojo ciego en el cual persistía un reflejo de ámbar parecía desafiar la porción de cielo que lo había fulminado. Llegada la primavera no quedaba de él sino un montón de huesos.

Los muchos días acumulados en el silencio de la mansión, las vigiliás en el piso alto, las ausencias brutales o los perdones mentirosos no habían mellado ni la paciencia ni el fervor de Barbaluna. Su espinazo se había encorvado, el pelo se le había blanqueado, avanzaba con paso menos rápido y se ahogaba al subir los escalones, pero todavía su voz resonaba poderosa y su mirada rodeada de finas arruguitas quemaba con el mismo fulgor.

Había, sin embargo, aliviado sus labores diarias tomando a su servicio a una joven campesina atolondrada que comenzó a vivir con nosotros. El día en que entró a la casa y me vio parado en mi viga no pudo reprimir un grito de espanto:

—¡Ese cuervo no está muerto! ¡Lo vi mover el pico!

—No es un cuervo, es una corneja —respondió Barbaluna, que hizo algunas recomendaciones a la muchacha, insistiéndole que dejara siempre la ventana entreabierta.

—Y si se me olvidara —agregó— preocúpate de cambiar todos los días el agua para que beba.

La sirvienta se llamaba Rosa y hacía honor a su nombre: por su carnación sanguínea parecía estar recién salida de los vapores de un baño. Una boca pequeña y redonda estaba pegada como una cereza en medio de su abultado rostro. Cuando Barbaluna nos dejó solos en el gran aposento, la intrusa aparentó que ordenaba las escudillas y limpiaba someramente los muebles, pero la mirada inquieta que no despegaba de mi percha estaba cargada de robusta enemistad.

Para ahorrarle algunos pasos a mi viejo amo, me tocaba transportar de un piso a otro una llave, un tajaplumas o un pergamino que había olvidado en algún mueble. Estos oficios menudos se hicieron tan frecuentes y naturales que Barbaluna olvidaba casi siempre recompensarme con una palabra cariñosa. Sin embargo, un día logré que nuevamente se admirara. Estaba preparando un remedio, cuando lo vi salir azorado de la pieza de las hierbas y depositar sobre el mostrador una planta erizada con hojas rojas y punzantes. Como cuando lo acompañaba nunca se cansaba de comentar en voz alta sus gestos y de enseñarme los nombres de las plantas, me di cuenta de que esta planta tan compacta y tan espinosa como un erizo era una joubarbe<sup>[6]</sup> que con el jugo de sus hojas grasas calma las quemaduras graves y salva de la mordedura de las víboras. Crece solamente en delgadas capas de tierra entre las rocas, lo que hace que su recolección sea peligrosa. Y a Barbaluna le faltaban hojas para su preparación. Con un vago gesto de su mano, me mostró la dirección del acantilado.

—Tal vez tú podrías encontrarme...

Me puso delante del pico la carnosidad rosácea de la planta que me reveló un sabor amargo y después abrió de par en par las batientes de la ventana a la luz del sol de la montaña.

Entre los repliegues tortuosos del acantilado, las escasas manchas de tierra atraían mi mirada. Sin esfuerzo encontré un tapiz de jus-barbas con sus tallos estrellados de púrpura todavía húmedos de rocío. Las raíces que no tenían más soporte que una débil porción de tierra no pusieron resistencia a mis picotazos. A toda velocidad, llevé esa extraña presa hasta la casa.

Barbaluna recibió con alegría este espécimen que deshojó minuciosamente. Me dijo que era la jusbarba más fresca y tupida que nunca había tenido en sus manos. Agregó que sin duda yo era el único córvido herborista de toda la creación y que a veces se lamentaba de no haberme dotado del don de la palabra.

—Habría bastado que te raspara un poco la lengua pero si te hubieras puesto a hablar, no habrías podido escuchar tan bien como lo haces. No hay oído más fino que el de un mudo...

Sin embargo, la facultad de murmurar algunas palabras me habría sido muy útil para prevenirle de los peligros que comenzaban a amenazarlo. En varias ocasiones había sorprendido a Rosa haciendo desaparecer entre sus refajos un cubierto de plata dorada o uno de esos pequeños adornos de porcelana que adornaban las vitrinas. A veces entraba a escondidas en la biblioteca y hurgaba largamente entre los archivos cuidando de no dejar huellas. Un día la vi bajar del piso alto donde había espiado el ritual practicado en la cabecera de un agonizante. Dejando el rastro de sus fluidos impuros, hacía grandes signos de la cruz y repetía sin cesar:

—¡Brujería! ¡Eso es brujería!

Yo sentía que era enemiga de nuestra paz y representaba una amenaza real, pero su máscara tranquila de campesina engañaba a Barbaluna, que tenía con ella un trato cada vez más familiar.

En las noches de invierno, el silencio tendía entre las murallas de la casa una red que atrapaba el menor murmullo. El crujido que producía la helada en los cabrios de la viguería, la carrera furtiva de un roedor debajo de un plinto, e incluso el débil batir como de tela que producía una llama reavivada en el fondo del hogar puntuaban mi reposo con pequeñas alertas.

Cuando Barbaluna fue a la pieza de Rosa por primera vez, su paso sobre el descanso de la escalera me sacó de esta semivigilia. Vaciló un rato ante la

puerta cerrada y oí claramente la voz de la criada que lo invitaba a entrar. Después de unos breves cuchicheos, el ímpetu furioso de sus cuerpos hizo crujir la cama. Entre los gritos agudos de la mujer, Barbaluna gruñía como un jabalí.

A la mañana siguiente, Rosa vino a cambiarme el agua mucho más temprano que de costumbre. La mirada de triunfo que me lanzó al entrar en la pieza me hizo presentir los desagrazos que me esperaban. Instantes después esta impresión se confirmó cuando Barbaluna vino a tomar el desayuno. Mantuvo los ojos fijos en su escudilla y se olvidó de guardarme el pedazo de pan mojado en leche que acostumbraba darme. Por mi parte, me mantuve obstinadamente sobre mi percha, con la cabeza metida bajo el ala. La noche que acababa de pasar había roto la malla de nuestra larga alianza y yo sabía que mi viejo amo corría ciegamente hacia su desgracia.

Rosa me había mezclado el agua de mis bebederos con una buena parte de vinagre. Traté de llamar la atención de Barbaluna hacia esa fechoría, pero él ya vivía solamente a la espera de la noche. Mis indignados graznidos no lo alcanzaban, ni tampoco los picotazos que pegaba en el borde de los bebederos para volcarlos. Tuve que partir en busca de agua a la colina desecada por el hielo, donde recogí algunas perlas de agua helada en las cavidades de las rocas.

Debajo de la cubierta de musgo, descubrí frioleros caracoles a los que hice estallar furiosamente sus conchas a golpes de pico, sin disfrutar de su carne entumecida. Esas pequeñas muertes inútiles no apaciguaban mi cólera: quería tener entre mis garras una presa cálida y escurridiza chorreando un hilo de sangre rosa. Pero ya giraban lentamente pesadas nubes en el horizonte y sus paños sombríos a ras de las colinas anunciaban tempestad.

Al volver a la casa, encontré cerrada la ventana. Detrás de los pequeños vidrios cuadrados que golpeé insistentemente a picotazos vigilaba la silueta impassible de Rosa.

Una lucerna rota me permitió refugiarme en la pesebrera mientras la nieve caía a ráfagas. Junto al viejo caballo adormilado, reconocí ondas tranquilas y fraternales. Con sus ojos bordeados de largas pestañas húmedas, observaba sin inquietarse mis revoloteos desordenados. Su mirada me recordaba siempre la amistad milenaria de su especie con la mía en esos lejanos inviernos en que

las hordas, advertidas por nuestros gritos de connivencia, se dispersaban por las praderas para escapar de las persecuciones de hombres y lobos. No hay caballo de labor que no sea escoltado por una escuadra de cornejas.

En el surco que deja el arado tiembla la espuma de larvas y desde siempre el estiércol fresco es el mejor cemento para nuestros nidos. Los caballos lo saben y se entristecen cuando salen y nosotros no estamos en el cielo.

Pasé la primera noche agarrado a una viga transversal, muy cerca de los ollares del caballo cuyo aliento cálido me envolvía. El viento gemía y rugía a la vez, como una bestia atrapada que quiere escapar. A través de las lucernas débilmente brumosas se veían bailar los torbellinos de nieve cruzados, a veces, por un breve fulgor. Barbaluna se acercaba de vez en cuando a la ventana, con una candela en la mano, esperando mi regreso en medio de la tormenta.

El amanecer empujó la tempestad hacia el otro lado del valle. Posado sobre el caballete de la pesebrera, esperaba el momento en que Barbaluna despertara. Un hilo de humo se escapaba ya por la chimenea, a medias amortajada. Rosa había encendido el horno y hervía la leche. Cuando mi amo se sentara a la mesa notaría mi ausencia y yo no dudaba entonces de que su primer gesto sería entreabrir la ventana.

Bajo el sol naciente, la nieve espejeaba a lo lejos. Ese paisaje de aparente serenidad me recordó al invierno más lejano de mi existencia, cuando el río helado hacía crujir las orillas de la isla y nuestras patrullas solidarias sobrevolaban el gran desierto blanco. Quebrapico, Chiquitita y Pluma Amarilla habían abandonado hacía mucho tiempo mi memoria pero, de repente, se hicieron tan próximos que me pareció sentir que batían sus alas junto a mí.

Barbaluna no abrió la ventana. Despachado el desayuno, se fue a trabajar a la pieza de las hierbas. Lo vi ocupado con sus pociones, a través de la vidriera, con la espalda vuelta hacia la luz del sol. Más tarde, Rosa se aventuró por la nieve para lanzar unos puñados de granos en el gallinero. Avanzaba con paso vacilante con las manos aferradas al asa del canasto. Cuando se cayó de espaldas resbalando, con los reflejos alzados hasta el mentón, hubiera podido lanzarme sin peligro sobre ella para sacarle los ojos a picotazos. Pero Barbaluna, que había presenciado la escena, acudió en su auxilio, la levantó y

la condujo con cuidado al interior de la casa. Debió doblarse en dos para ofrecerle su brazo. Su sombra sobre la nieve era lamentable.

Cuando comprendí que la casa estaba prohibida para mí, comenzó verdaderamente el invierno. Sus habitantes debían creer que había vuelto a la vida salvaje, porque renuncié a colocarme frente a las ventanas y mis discretas salidas a la naturaleza pasaban inadvertidas. Cuando Rosa visitaba la pesebrera, me ponía sobre aviso el ruido de sus pasos en la nieve y me ocultaba en el fondo del entretecho, al amparo de un tabique de paja que me libraba de su insoportable olor.

El caballo en reposo era alimentado con forraje que desbordaba en largas crenchas los depósitos. Para beber no tenía más que estirar el cogote hacia el profundo abrevadero de piedra azul. Me gustaba compartir con él el agua ligeramente acida por su saliva, que era más grata a la garganta que la nieve derretida. Al magro fruto de mis cacerías, se agregaban los insectos desecados de las trenzas de heno. Me faltaban cruelmente los buenos platos de Barbaluna. Cada día sentía que mis fuerzas declinaban.

Entre los cascos del viejo caballo, anhelaba una emigración salutífera, más allá de la barrera de las colinas donde reencontraría el cielo y los árboles de mis antiguos territorios. Ya nada me sostenía aquí, sólo la infranqueable muralla del invierno. Pero una noche, cuando las nieves habían comenzado a fundirse, un pequeño grupo de viajeros vino a dejaren la casa a una bella joven inanimada. Las antorchas hacían bailar las sombras de la muerte sobre su rostro admirable. Cuando Barbaluna la vio, palideció horriblemente y se dejó caer de rodillas.

## IX

Te saludo, Barbaluna, arcángel de las puertas de la noche, tú me hiciste creer en la razón de los hombres. Tu amistad negada por imposición de un amor vulgar, regresó a mí exactamente en el curso de esa primavera tumultuosa que debía ser la última de tu vida.

La llegada de Reina te hizo renacer. Al cruzar ante las ventanas te sorprendí muchas veces en la pieza de los mil fuegos, inclinado sobre su cuerpo desnudo que recuperaba la vida bajo el milagro de tus manos. Poco a poco, el gigante de las estaciones de la luz fue recuperando el lugar ocupado por el viejo atrapado por los brazos de Rosa.

Cuando tu protegida recuperó algunas fuerzas, la llevabas a dar cortos paseos alrededor de la casa, guiando sus pasos por los senderos estrechos. Era rubia y pura como la llama de invierno en los sarmientos de la viña. A veces, para protegerla de las salpicaduras, cubrías los charcos de agua con tu pesada esclavina.

Yo seguía manteniéndome apartado, testigo deslumbrado, pero clandestino de esta doble resurrección, hasta que un día me viste de lejos, mientras me escondía entre las ramas del alerce. Tus llamados arrastrados por el eco resonaron hasta el fondo del valle.

Reina vio que me acercaba sin manifestar esa repulsión que experimentan habitualmente las mujeres en mi presencia. Cuando me posé en tu hombro, me acarició la frente con un dedo grácil. Entonces empezaste a contarle nuestra historia desde ese día remoto en que me sacaste del mercado de pájaros. Le aseguraste, sin convencerla, que yo comprendía casi todo lo que querías hacerme entender, lo que te había costado treinta años de esfuerzo. Me di cuenta hasta qué punto era tu criatura: nada se te había escapado de mis instantes más secretos. Conocías mis pequeños latrocinios, mis manías y hasta

el miedo que tenía de molestarte cuando ensuciaba el entarimado, lo que me llevaba a buscar rincones más inaccesibles para mis expansiones nocturnas. Respecto de mi proscripción, actuaste con notable discreción, al confiar solamente que la pequeña sirvienta veía en mí un pájaro de mal agüero, porque era supersticiosa y tonta. Esas palabras no reflejaban ningún tipo de remordimiento, pero marcaban, al menos, la desgracia de mi enemiga. Desde que ustedes volvieron a la casa, la ventana sellada durante todo el invierno se abrió de par en par en la tarde tranquila.

El viejo caballo había sido puesto en un pequeño recinto donde brotaba una hierba raquítica, y era necesario llevarle brazadas de forraje cada mañana. Desde lo alto de mi percha, podía observar a Rosa que cumplía esa obligación entre maldiciones. Y cuando iba al corral a echar alimento, desperdiciaba grandes puñados de granos que lanzaba furiosamente sobre la tapia. Una mañana, mientras estabas todavía adormilado en la tibieza de tus amores, la vi atravesar el patio con su atado de ropa al hombro y alejarse con paso rápido en dirección al valle.

Esa partida precipitada te libró del recuerdo viviente de tus debilidades y durante tres días con sus noches viviste con Reina verdaderas bodas. Fui testigo de sus amores cerca del fuego una noche en que el reflejo de las llamas bailaba sobre sus cuerpos entrelazados. En medio de esos oleajes de luz, los costados de Reina se movían como una barca amarrada. De repente, me vio posado sobre mi viga de costumbre y se cubrió hasta la garganta con parte de la capa.

—Nos mira... —dijo con un soplo de voz.

Temí que nuevamente me expulsaran. Pero me llamaste junto a ustedes y le hiciste pasar los dedos por las cavidades de mis alas, donde el plumaje es más suave. Ella me tomó con las dos manos y me puso sobre la piel lisa y clara de su vientre.

—¿Por qué no le has puesto nunca nombre?

—No sé, querida, siempre lo he llamado Corneille<sup>[7]</sup>

—Ese es un nombre de mujer. Y este pájaro es macho, ¿no es así?

—Es verdad, me parece que su forma no es de hembra, pero con tantos años de soledad ignoro si funcionará su órgano.

Reina me puso dulcemente en su hombro y me dispensó un largo beso.

—¿Vivirá siempre con nosotros?

—Sí, querida, porque tú lo aprecias.

A sus preguntas sobre mi longevidad le respondiste que, según las leyes de la naturaleza, yo volaría todavía en el cénit cuando tus huesos se hubieran convertido en polvo. Hiciste alusión a tu propia muerte y no a la suya, dejando entender que ella también te sobreviviría. Sus ojos se cubrieron con un velo de tristeza. Yo la retorné a la felicidad del instante picoteándole suavemente la oreja.

Pero no fueron las leyes naturales, mi buen maestro, las que decidieron nuestra separación terrestre. En la víspera del último día, vi subir una pequeña tropa por los caminos del valle. La procesión era iluminada por antorchas y en la primera fila reconocí a Rosa, que marchaba al lado de un hombre de armas.

Los hachazos hicieron volar en astillas la puerta de la casa. De inmediato unos hombres se esparcieron por el aposento, mientras otros te mantenían contra un muro con la punta de sus dagas. Los pisos rechinaban bajo sus pasos. Reina corría de una pieza a otra, suplicante, pero ninguno de los invasores escuchaba sus gritos. Muy pronto encontraron en los cofrecillos las hierbas prohibidas. En la biblioteca registraban libros que un monje leía por encima moviendo los grandes ojos aterrados.

El tumulto siguió hasta medianoche. Los hombres habían amontonado en un baúl frascos, plantas, cartas y volúmenes marcados con una gran cruz. Desde ese instante, te supiste perdido, pero en tu rostro no se vio miedo ni pena. Con las manos atadas detrás de la espalda atravesaste el umbral de la casa escoltado por dos guardias mientras sonreías calmadamente a Reina, que quería lanzarse tras de ti pero se veía obligada por la fuerza a quedarse en la casa. También lanzaste una breve mirada a mi viga, que era un mensaje sin equívoco: ¡Quédate aquí, quédate con ella! Perdóname, mi buen amo, por no haberte obedecido.

Sin embargo, no seguí de inmediato a la tropa cuyas antorchas te llevaban en la noche. Un soldado se había quedado de guardia para vigilar la entrada. En la gran sala, algunos jóvenes campesinos conducidos por Rosa terminaban el pillaje de cofres y vajilla. Reina los miraba sin verlos, perdida en un sueño mortal. Abandoné por primera vez la penumbra de las vigas para posarme muy cerca de ella. En ese instante, resonó la voz furiosa de Rosa:

—¡Ese, ese me la debe!

La pesada loza que lanzó en mi dirección se estrelló contra el piso al momento en que hacía mi primer vuelo. Uno de los saqueadores dio un brinco hacia la ventana para cerrarme el paso, pero tropezó en la vajilla de plata desparramada en el suelo y gracias a eso pude escapar a la persecución.

Afuera, la oscuridad era todavía total. Con un vuelo a ciegas alcancé el cercano alerce y embestí de lleno sus ramas. Parcialmente aturdido, esperé allí el despuntar del alba antes de volar rumbo al valle.

Por el camino empedrado, la escuadra avanzaba a paso ligero. De lejos, reconocí tu alta silueta rodeada por los soldados. Por uno solo de tus pasos, ellos debían dar tres o cuatro, de manera que iban sofocados y sudorosos mientras tú, mi valiente amo, parecías casi inmóvil en el corazón de esa desbandada. Hicieron alto a la entrada de un burgo donde esperaba una carreta tirada por mulas. El monje montó en una de ellas, arremangándose el sayal sobre sus gordas pantorrillas. Después te empujaron arriba de la carreta y cargaron el baúl que contenía tus tesoros. Dos soldados se pusieron a tus costados y los otros siguieron en la retaguardia, levantando polvo con sus botas. Todo eso lo pude observar desde la distancia, volando de árbol en árbol, de cornisa en campanario. Habrías podido sorprender mis maniobras si hubieras vuelto la cabeza, pero tu mirada estaba resueltamente fija más allá de la línea del horizonte donde ya se elevaban los humos de los poblados.

La ciudad a la que te llevaban era la misma de donde me sacaste un día del mercado de pájaros. Desde que se aproximaron a los baluartes, la reconocí por el ocre sombrío de sus piedras y por las nubes de palomas que sobrevolaban sus torres. La altitud que tomé para franquear el cerco de murallas reducía a los hombres al tamaño de hormigas. Vi que la minúscula carreta penetró por una estrecha callejuela antes de desaparecer en el interior de un edificio perforado por innumerables lucernas.

Con las alas doloridas me paré sobre la flecha de una iglesia. En el viento flotaba olor a arena húmeda. Abajo, palomas indiferentes a los pasos de los transeúntes se bamboleaban entre los cascos de los caballos, bebían en las acequias, buscaban alimento en la tierra entre los adoquines hasta el umbral de las casas. La inexplicable indulgencia de los pobladores para con ellos que, gustosamente, les echan puñados de migas o pedacitos de pan, transforman a esos pájaros, aparentemente inofensivos, en una congregación terrible. La ciudad les pertenece y no es más que una parcela la que son capaces de defender, no en virtud de su coraje mínimo, sino por los recursos de la multitud y la complicidad unánime de los habitantes. No dudo de lo que podría llegarme a suceder si cometiera la irreflexión de mezclarme con ellas. Aguantaba hasta el final del día para satisfacer el hambre que me atenazaba, sin dejar, mi buen amo, de mirar el portón que se había cerrado sobre ti y delante del cual montaban guardia centinelas vestidos de rojo.

Por las ventanas, las dueñas de las casas lanzaban a la calle baldes con defecciones, lavazas y extraños desperdicios que acechaban colonias de ratas. Era a esos furiosos roedores a los que disputaba algunos restos de legumbres antes de beber en un hilo de agua infecta del fondo de una acequia. Cuando volvía a la alta flecha batida por los vientos, la noche comenzaba a acicalarse de estrellas y en la oscuridad temblaban las luces de la ciudad. Balanceando su linterna en el extremo del brazo, el sereno gritaba las horas.

¿Podría decirte, querido Barbaluna, que cuando la claridad del día reapareció en el horizonte, me sentí poseído por una esperanza más radiante que la luz? Ondas tibias y puras se elevaban del templo oscuro en que estabas encerrado. La certeza de que seguías vivo triunfaba sobre los terrores de la víspera.

Volé sobre los baluartes con vuelo rápido y circular. Gruesos barrotes cerraban las aspilleras donde a veces surgía un rostro apagado y cubierto de barba. En el interior, sorprendía siluetas tendidas sobre literas de paja, al lado de un jarro de greda. De repente, el ángulo de una muralla me reveló una corriente de fluidos quemantes y me apoyé sobre el borde de la más próxima barbacana. Tú descansabas a unos pasos de los barrotes, con el cuerpo roto en la paja y con hierros en los tobillos. Tu mirada de río brillaba en el corazón de la penumbra. Se aclaró aún más cuando se posó sobre mí.

—¡Ven!

Cuando los pasos de los carceleros resonaban en el corredor, me dirigiste un débil «¡Vete!»; fue la única palabra que lograste pronunciar. La palabra con la que me habías alimentado tanto tiempo seguía enterrada en lo más fondo de tu ser, como una brasa bajo la ceniza. Vivimos los días y noches siguientes en perfecto silencio, turbado solamente por las brutales irrupciones de los guardias. Te sacaban, entonces, en medio de un estrépito de cadenas y, botas y a cada uno de tus regresos, nuevas heridas debilitaban tu razón.

Velaba sin descanso junto a tus costados que exhalaban olor a sangre y quemaduras, viviendo del pan que dejabas y del agua añeja del jarro. Sólo el chirrido de la llave en la cerradura me alejaba de ti. Con un brusco movimiento, atravesaba los barrotes, revoloteaba un instante por encima de la ciudad y regresaba a posarme sobre el alféizar de la ventana y así, los guardias nunca nos descubrieron juntos.

Una mañana, debí huir antes de que entrara una tropa más numerosa. Un monje acompañaba a los soldados. Llevaba una cruz de boj que te colocó sobre la boca. Después te liberaron de los hierros y te pusieron una larga camisa de tela oscura. Los guardias que te rodeaban se mostraban menos feroces que de costumbre. Incluso uno de ellos te invitó a tomar un poco de agua, pero rechazaste el jarro que te ofrecía con mano vacilante. Entonces, te arrastraron en silencio por el corredor oscuro.

Abajo, se abrió el portón al paso del cortejo que caminaba al ritmo lento de los tambores. El monje precedía la marcha, en medio de un pueblo mudo que colmaba las callejuelas y se reagrupaba detrás de la escolta.

La pira se había levantado en el centro de una gran plaza rodeada de tribunas. Hombres coronados con tocas escarlatas estaban instalados bajo tejadillos. Alrededor del montón de haces de leña, la multitud era tan densa que los soldados debieron abrirse paso con las puntas de sus armas.

Cuando fuiste amarrado al poste, un rugido confuso se elevó de la marea humana y se alzaron puños en el cielo claro. ¿Fue para tu desgracia, mi dulce amo, que yo sobrevolara la multitud y bajara a posarme en tu hombro? El monje, señalándome con el dedo, se volvió hacia la muchedumbre e hizo cesar los rumores.

—¡Ved, pueblo de Dios, el signo de justicia que se nos ha dado! Una paloma nos habría hecho dudar, pero este pájaro negro que cae del cielo santifica

nuestro juzgamiento... ¡Un cuervo, el pájaro del hambre, de la peste y de los muertos!

Tu mirada me cubrió entonces con un fulgor fraternal, mientras los papanatas seguían en silencio. ¿A cuántos de ellos no habías arrancado a la muerte en tus largas vigilias clandestinas? Pero nadie vino a tirar agua sobre las llamas, cuando el verdugo lanzó la antorcha a la pira. ¿No te traicioné yo mismo al alejarme de ti, llevado en el espacio por las humaredas, antes de verte desaparecer sin un grito en medio de una nube de chispas?

Te saludo, Barbaluna, estrella de ceniza que el viento lleva de ciudad en ciudad hasta las orillas del mar, sembrando en los jardines oscuros las flores rebeldes de la esperanza.

## X

En este invierno los grajos<sup>[8]</sup> que pueblan el encinar de momento siguen tolerando mi presencia, pero pronto los uniré la estación de los amores para echarme más allá de la llanura. Cada primavera me impulsa a la conquista de un nuevo horizonte. Es necesario cruzar hacia nuevos paisajes, dejar la arena por la roca, emigrar desde los bosques a los pantanos.

Entretanto, ruidosas querellas internas enfrentan a los habitantes de la encina que se afanan en reparar sus nidos y se roban entre ellos un pedazo de rama seca, una pizca de musgo o de plumón. Esos comedores de granos y larvas, cuya frente está desollada de tanto cavar la tierra, no tienen una naturaleza acogedora. Si me han brindado su pasiva hospitalidad es porque me saben capaz de rechazar los ataques invernales de las aves rapaces. Pero ya las savias corren en la desnudez de las ramillas. Los azores y los halcones, satisfechos por el regreso de sus presas acostumbradas, ya no amenazan al encinar.

Mis bulliciosos anfitriones han guardado silencio cuando me han visto ganar la cima y tender las alas al viento. Presienten que no me preparo para una corta cacería. Se reúnen, se conciertan y después saludan con un clamor triunfante los batidos de mis alas que me alejan para siempre de su territorio.

Un viento fresco y poderoso sopla en las alturas. Derivo al capricho de sus impulsos, sobrevolando las ciudades que desbordan las murallas. Por todas partes, caminos nuevos se internan en los bosques, puentes acrobáticos cruzan los ríos, reduciendo a múltiples cortijos el antiguo imperio de los animales carnívoros. Cada arpenta<sup>[9]</sup> de suelo, desde los altos picos montañosos hasta los acantilados del océano, demuestra que la acción de los humanos sobre el espacio vital es en lo sucesivo irreversible.

En el curso de los vuelos que me alejan siempre de las promiscuidades azarosas o de las alianzas pasajeras, huyendo de las granizadas de plomo que silban cerca de los burgos, ocurre que remonto los valles y reencuentro la enorme silueta de la casa, perdida en los altos caminos rocosos. Se han derrumbado grandes trozos de muros y otros desaparecen poco a poco bajo las cortinas de hiedra y parras silvestres. Algunas veces me he detenido en la espesura que la rodea, buscando los antiguos senderos entre saúcos y espinos. En el emplazamiento que, en otro tiempo, sirvió de cercado al caballo, un pequeño levantamiento del terreno aparece debajo de las zarzas entrelazadas. En ese lugar, los saqueadores debieron enterrar el cuerpo de Reina, al final de esa noche de cólera que destruyó nuestros destinos. Hay un retoño de brezo ceniciento y florecido como a disgusto, sin perfume ni brillo.

Sólo el viejo alerce ha permanecido fiel a los años de felicidad, impasible a las tormentas, desafiando a los arbolillos negros que lo asedian. Para mí su sombra es dulce en las mañanas de verano, cuando el día se levanta sobre las piedras desencantadas y yo espero sorprender allí una onda todavía tibia. Pero en estos lugares sólo existe el centelleo violáceo y helado de la muerte.

Las corrientes que ondulan a ras de las nubes no me han arrastrado esta vez al valle del olvido. Una llanura desconocida desfila bajo mis alas, sembrada de bosquecillos diseminados y de pequeños estanques tranquilos. Alrededor de las granjas cubiertas con pizarra malva, la tierra de labranza es oscura y fértil. La cercanía de la noche me obligará luego a detenerme, pero hay que desconfiar de estos campos despojados donde hay hombres al acecho que vigilan las semillas que germinan. Encontraré mi refugio al final del día entre los abedules que cercan un vasto pantano. Escuadras de gansos salvajes se agitan en el agua y protestan débilmente por mi llegada, demasiado derrengados por su viaje para mostrarse más belicosos. Esa vecindad bulliciosa me asegura, al menos, el privilegio de pasar una noche sin inquietud; los gansos son mejores vigilantes que los perros y al menor peligro sería alertado por sus gritos. Una vez más compruebo hasta qué punto mi supervivencia está casi por completo sometida a las ventajas de una colectividad, aunque ella sea ajena a mi esencia. Para librarme de los peligros de la soledad, he vivido en numerosas y sorprendentes cohabitaciones. No hay sino dos especies con las que no puedo entenderme: la mía, cuyas colonias me harían jirones a la primera incursión, y la de las golondrinas, esos seres gráciles y fulgurantes que tanto admiraba Barbaluna por la inteligencia de sus costumbres.

Ningún pájaro defiende más ferozmente su espacio que la golondrina y ningún otro dispone de una organización social tan perfecta. Desde el instante en que un intruso atraviesa el límite del perímetro sagrado, ya sea un rapaz o un saqueador de huevos empollados, se encuentra de inmediato hostigado por patrullas misteriosamente advertidas. Incluso un gavilán aguerrido no puede resistir los torbellinos de relámpagos azules imposibles de capturar, los picos finos pero precisos como estiletes que se ensañan en el centro del ojo. Aturdido, y casi siempre semiciego, el invasor no tiene otro recurso que la fuga desesperada, pero si para su desgracia elige refugiarse en una grieta, en un hoyo de árbol o de roca, las golondrinas asistidas por nuevos refuerzos taponarán la entrada con ese cemento del que tienen el secreto y que se endurece como piedra una vez que se seca. Sólo entonces abandonan al enemigo emparedado vivo y, lanzando sus trinos puros y jubilosos, cantan a la paz recuperada.

Los gansos han partido volando al despuntar el día, abandonaron los pantanos en cuyos barro removidos pululan moluscos y larvas. Sin apuro, sacio mi apetito con esas presas inertes, preocupado por no aventurarme en aguas demasiado tranquilas en las que podría hundirme como una piedra. Esos apacibles pantanos pueden convertirse en trampas mortales para los pájaros que no tienen las largas patas de la garza real ni las vigorosas patas palmeadas de los patos o gansos.

Pensé en ese peligro cuando vi posarse entre las hierbas, a buena distancia de la orilla, a una hembra de mi raza con plumaje liso y oscuro, irisado de reflejos azules. Por la manera en que extendía las alas como balancines para mantenerse en la superficie, picoteando el agua con golpes rápidos y precisos, me di cuenta de que los pantanos eran desde hacía tiempo su territorio de caza y que conocía bien sus temibles secretos. Su compañero no debía estar lejos, posado, sin duda, en la punta de un alerce. Sin embargo, una paciente inspección de los alrededores no me reveló ninguna silueta al acecho y el cielo estaba desierto hasta el infinito. Ante mí, la desconocida proseguía pescando tranquilamente sin inquietarse por mi presencia. No podía creer que no me hubiera visto. Su indiferencia era la de una hembra viuda que vivía apartada de su tribu para evitar el apareamiento. A menos que también ella hubiera sido proscrita de la comunidad y reducida al estado de solitaria. Le dirigí una llamada modulada y respondió con un grito tímido, casi lastimero, como si ella me tomara por el explorador de una colonia vecina al que imploraba un instante de tregua. Me retiré detrás de la cortina de alerces para

dejarla terminar su festín pero no le quité la mirada de encima, deslumbrado, sorprendido por unas palpitaciones que creía extinguidas hacía mucho tiempo. La brisa ligera hacía bailar las plumas de su cuello. De repente, tuve la visión de ella con una pollada numerosa pegada a sus flancos y brotó la esperanza de una primavera que ponía fin al vagabundeo.

Terminada la pesca, se fue a posar sobre una roca plana cubierta de musgo. Allí sacudió al sol sus alas húmedas, alisando las plumas pacientemente con su pico. Estiró el cuello cuando me vio picar sobre la roca y depositar en el musgo mi primera ofrenda: una bola de arcilla roja, parecida a la que sirve para construir nuestros nidos. La hizo rodar un instante bajo sus garras y luego la lanzó lejos, con la cabeza inclinada, muda ante mis repetidos gritos.

Más tarde desdeñó un pequeño camarón de pinzas transparentes que pelé delante de ella, una pluma de ganso y una pequeña culebra ondulante. Al menos no aprovechó mis cortas ausencias para irse, pero los presentes que acumulaba en la roca no despertaron su interés, así como tampoco mis lentas evoluciones a su alrededor. Su mirada negra y brillante seguía sin calor.

A la caída del sol, voló a la punta de un abedul, se quedó allí indecisa largo rato antes de emprender un poderoso vuelo hacia la llanura. Yo resolví no dejarla más. Era la última luz de mi larga noche de soledad. Sin ella, no habría otro día. Si era preciso, la seguiría hasta la lava de los volcanes.

Cuando se dio cuenta de que la seguía, simuló un descenso rápido y desapareció un momento bajo las ramas de un abeto. La descubrí cuando volvía a partir a ras de tierra volando como una onda. Cambió varias veces de dirección rozando la espesura y se mezcló entre las sombras. Las astucias que desplegaba para escapar a mi persecución no quebrantaron mis esperanzas. Tarde o temprano la cubriría con mis alas y la semilla que depositaría en ella prolongaría nuestra sangre hasta el fin de los tiempos.

Una vez más, picó en los límites del bosque y se escondió entre los árboles. Siguiéndola a través de la penumbra, no me di cuenta de que cruzaba los límites de un territorio prohibido. Sobre un amplio claro sonó el primer grito de alerta. El llamado breve y penetrante fue seguido por un amplio rumor de cólera, que reconocí por haberlo oído muchas veces al llegar a una colonia. Convoca a las patrullas dispersas y anuncia un enfrentamiento inevitable.

Detrás de un macizo de retamos, observé los alrededores donde los gritos se multiplicaban. Sombras rápidas se reunían en los ramajes. Tres salieron de un arce y empezaron a volar sobre mi refugio en círculos cada vez más estrechos. Eran machos jóvenes y poco vigorosos, de envergadura más bien modesta. No ignoraba que esta vanguardia tenía por misión probar mis facultades combativas. Los guardianes más poderosos de la tribu se mantienen en reserva y sólo aparecen en el enfrentamiento decisivo, pero si intentaba una fuga se lanzarían de inmediato a cerrarme el paso en el cielo.

Sobre el arce se posaba la hembra de los pantanos que yo había creído desamparada. Sus incesantes maniobras para hacerme perder su rastro no tenían otro fin que alejarme del peligro de la emboscada. ¿Se solidariza con los suyos ahora, cuando guarda silencio, mientras se acrecienta el rumor de cólera?

Los tres exploradores habían tomado posiciones en el suelo. Se aproximaban bamboleándose, haciendo sonar las alas y adelantando los picos en el espacio que nos separa. Yo renuncié a toda forma de defensa y mi pasividad los derrotó. Pronto llegó una banda más numerosa como refuerzo, compuesta por combatientes aguerridos que se pusieron delante de la fila de los exploradores. Sus graznidos se hicieron más sordos para advertirme de la antigua sentencia.

En la punta del arce, seguía vigilando como una luz negra la hembra del pantano. Era un sueño de vida que me conducía con dulzura al último paisaje y mis penas estaban aliviadas. Pero de repente, y cuando los picotazos comenzaban a llover, una cruz de sombra surgió del cielo al tiempo que un grito largo y ronco detuvo a los asaltantes. Es el viejo macho quién se ha interpuesto y la tribu lo observa con respeto cuando se vuelve lentamente hacia mí. Antes de echarme al suelo ofreciendo la nuca en señal de total sumisión, alcanzo a ver que su ala está marcada por una brillante pluma amarilla.

La floración del espino ha marcado el comienzo de las migraciones de parejas. Algunas parejas indecisas se retrasan todavía sobre el área de la tribu, en compañía de los ancianos y del pequeño clan de mujeres estériles del que forma parte la visitante del pantano.

El perdón que me ha sido concedido no ha borrado de la conciencia colectiva la profanación de la que fui culpable, ni el presentimiento de mi larga cohabitación con el hombre. En este reino que se va quedando desierto, ocupo el lugar de un indeseable y sólo la protección de Pluma Amarilla me salva de las ofensas cotidianas. Puede ser que en la gran reunión del otoño, la colonia completa me otorgue su perdón. Sólo entonces me liberaré de este lenguaje inútil que llevo como un peso.

La presencia de Pluma Amarilla en esta horda extraña, lejos de nuestras tierras natales, y la autoridad soberana que ejerce resultan inexplicables. Imagino a veces que su odisea misteriosa ha sido como la mía, marcada por una presencia humana inolvidable.

En los patrullajes matinales, cambiamos de frente como en otros tiempos, sin reencontrar el asombro de nuestras primeras cacerías, sin otra connivencia que el secreto que cada uno lleva en el silencio de las alturas.

# Notas

[1] Variedad de trigo, de grano largo y amarillo. <<

[2] Buharro, buaro, buarillo: ave de rapiña parecida al búho. <<

[3] Liebre de pocos días. <<

[4] Chova, especie de cuervo pequeño. <<

[5] Violento viento norte. <<

[6] Jusbarba o Barba de Júpiter. <<

[7] Corneille, corneja. <<

[8] Aves de la familia de los cuevos. <<

[9] Medida antigua agraria igual a una superficie de 51 areas, es decir 5100 metros cuadrados. <<